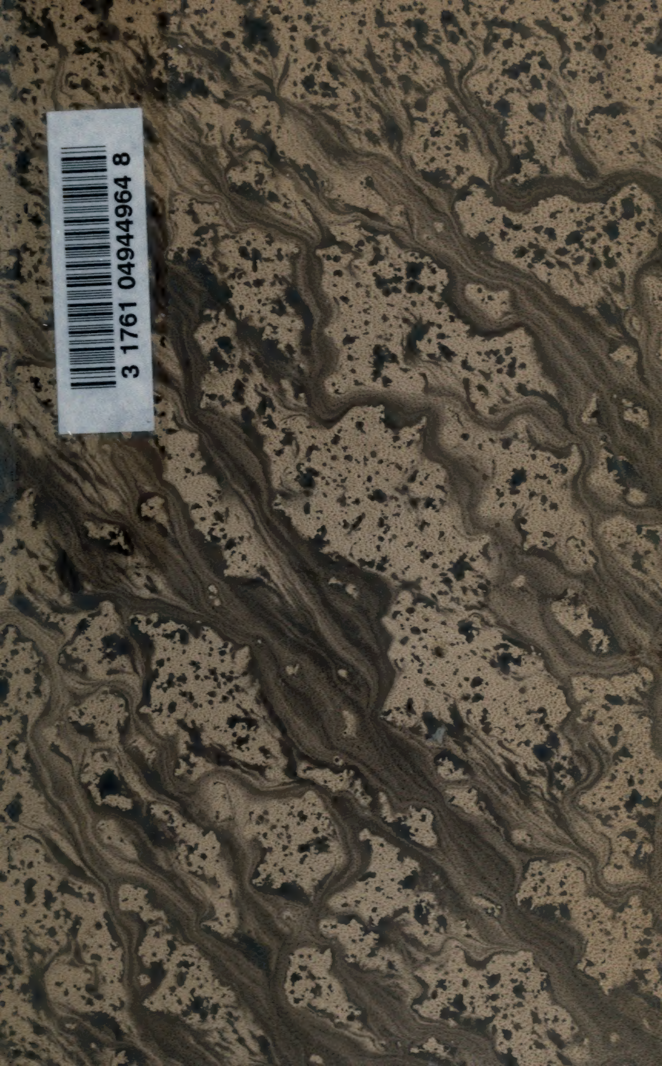
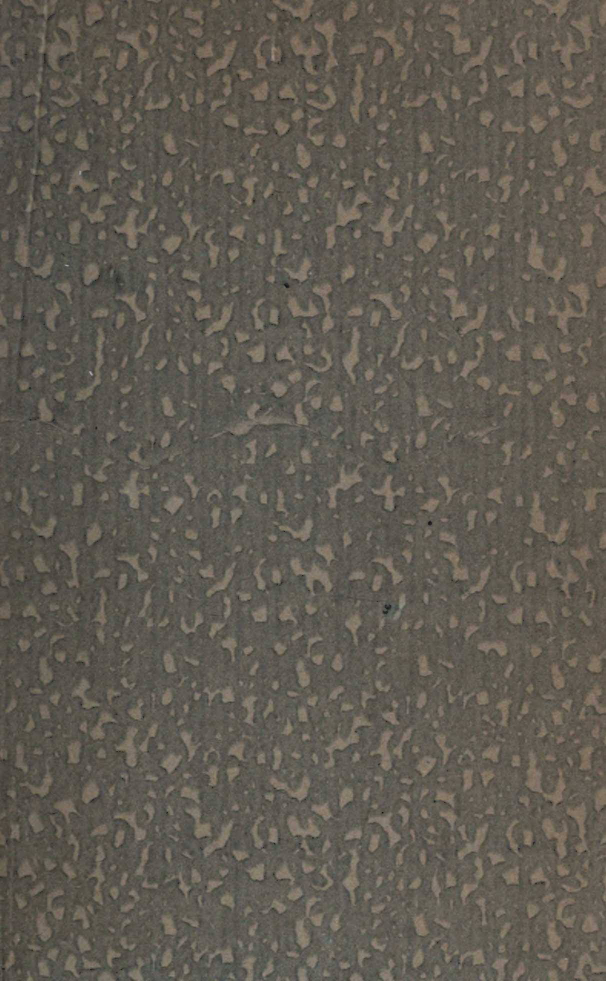

3 1761 04944964 8






OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

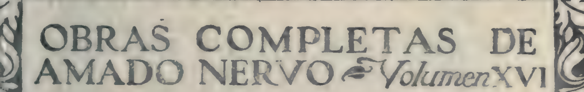
I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUANA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFÍAS
XI.—SERENIDAD
XII.—LA AMADA INMOVIL
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA
XV.—ELEVACIÓN
XVI.—LOS BALCONES

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO





TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

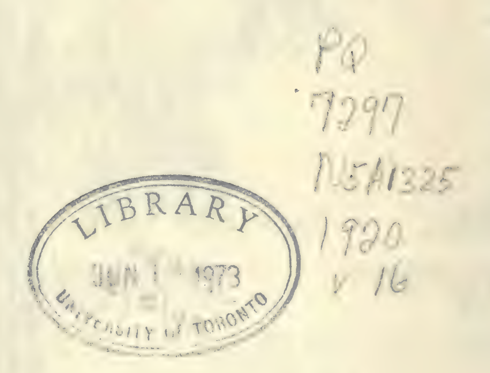


OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — *Volumen* XVI

LOS BALCONES



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
JUN 1 1973
UNIVERSITY OF TORONTO
PQ
7297
N5A1325
1920
v 16



Este *libro quedó entre los papeles de Amado Nervo, e ignoramos la causa de que no se haya publicado antes de ahora.*

Acaso el lector recuerde haber encontrado en El Imparcial, *de México; en* La Nación *o en* Caras y Caretas, *de Buenos Aires, tal o cual página sobre la Emperatriz Carlota, sobre la* Melancolía Real, *sobre los soldados que pasan bajo los balcones del poeta, sobre* Pascualillo, *sobre Neptuno, o en* Elogio de la noche, *que aquí aparecen reunidas, con algunas leves variantes y adiciones.*

Estas variantes, estas adiciones, tienden principalmente a dar carácter de conjunto a las páginas dispersas. De todos modos, el libro, en su forma actual, es nuevo, y nos atrevemos a creer que inédito en mucha parte.

Aquí, como en otros libros, Nervo se complace en mezclar con su prosa noticias y curiosida-

des que tomaba de ajenos libros y hasta de la Prensa diaria. A veces, en sus cuentos mismos, como en Amnesia *(v. el vol. XIII de estas obras completas), hace largas citas de esta especie. Y dejó una cantidad fabulosa de recortes de periódicos, que le servían para sazonar un artículo, o le proporcionaban asunto para un cuento.*

El poeta es el protagonista de su obra: el Luis (al principio iba a llamarse Fernando o Antonio, y así, en los manuscritos originales, hay cierta vacilación de nombres) que vive en la calle de Bailén, frente al Palacio Real, y contempla desde sus balcones el cielo y la tierra, los cometas y los monarcas, las flores, los pájaros y los astros, con cierta melancolía serena.

⊞

Dice «Azorín», en Una ciudad y un balcón: *«... Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada en la mano.* No le podrán quitar el dolorido sentir.»



LOS BALCONES





LA MUERTE IMPORTUNADA...

OH Muerte, déjame acabar este libro!

—Abominable filosofastro, ¿un libro más?

—Déjame acabar este libro, te lo ruego, ¡oh Muerte!... ¿Sabes que te encuentro más bella, más esbelta que nunca, y con unos ojos más grandes y expresivos?

—Adulador indiscreto, te dejo vivir aún porque voy de prisa. Tengo que matar a un emperador megalómano, a dos obispos muy gordos, a un banquero panzudo y gotoso que ha quebrado tres veces, a un general muy nulo, de grandes bigotes retorcidos, y a un politiquillo discursero y venal. Pero me prometo no seguir permitiendo que manches papel con tus insípidas filosofías...

—Ya tardarás, amiga; yo soy menguado fruto para tu cosecha, y aún no es mi hora. Tienes que pillarme con dinero y con dignidades para que te puedas llevar algunos harapos amarillos entre las manos... ¡y eso es un poquitín difícil!



COMPOSICIÓN DE LUGAR

LUIS tiene en su piso tres claros y amplios balcones: el primero da luz a una pequeña sala contigua a su despacho (y de él no se hablará sino al final de este libro...); los otros dos se abren en el despacho mismo.

Por ellos entra, desde que Dios amanece, una prodigiosa inundación de luz, de tal suerte intensa, que en la primavera pueden hacerse instantáneas dentro de la pieza.

El balcón de la izquierda, como tantos y tantos balcones madrileños, está lleno de macetas.

Las hay de todos tamaños. En una maceta muy grande crece una adelfa.

Esta adelfa se la regaló a Luis, un día de su santo, hace cuatro años, una mujer rubia, muy hermosa, muy noble, muy buena, a quien él quiso con el más acendrado y gran cariño.

La mujer que le regaló la adelfa murió pocos meses después, en una glacial mañana de enero.

Luis ha cuidado siempre su adelfa sentimentalmente, románticamente; pero la adelfa no florecía.

—Le falta tierra; la maceta no es demasiado grande—le decían a Luis.

Pero él no se atrevió nunca a cambiarla de tiesto: en aquél se la había regalado la «muerta».

Eso sí: poníale un poco de tierra nueva encima, la cual se iba apelmazando.

Tres años estuvo la adelfa en su tiesto huraña, triste... ella, que es la alegría misma por naturaleza.

Cuando Luis, en el verano, pasaba frente a los jardincillos que ondulan al Sur de la Plaza de Oriente, y veía unas gigantescas adelfas que hay allí cuajadas siempre de flores, pensaba:

—¡Y la mía que se está tan mustia!

Pero este verano de 1915, en cuanto el sol calentó un poco, la adelfa empezó a echar flores.

¡Y vaya si ha florecido hasta septiembre!

Como si quisiese compensar a Luis de su tristeza pasada, durante junio, julio y agosto, ha estado materialmente vestida de flores.

Luis, en cuanto la vió florecer, se dijo infantilmente, ingenuamente: «La muerta se acuerda de mí. Ha salido ya, a los tres años y medio, de su letargo espiritual, de ese letargo en que caen las almas al separarse de los cuerpos, y que es como una infancia al revés; porque la naturaleza no procede por saltos *(natura non facit saltus),* y así como blandamente nos mete en la vida, de la cual no tenemos conciencia sino después de seis o siete años, así blandamente nos mete en la muerte.»

La muerta, pues, ante la imposibilidad de mostrarse en otra forma a su amigo, en quien volvía a pensar allá en el Reino Arcano, resolvió hacérsele presente con flores... idea tan humana y tan delicada que no podrá menos de agradar a quienes lean estas líneas.

Luis está seguro de que la adelfa seguirá ya floreciendo todos los años.

⊠

Hay en el dicho balcón de Luis, según se ha expresado, otras varias plantas; entre ellas un cactus, del que se hablará en capítulo aparte, porque lo merece, y claveles, naturalmente,—esos

claveles encendidos de los cuales dijo Rubén Darío que eran

la flor extraña
regada con la sangre de los toros...

Luis contempla sus flores mientras trabaja, pues tiene su mesa al lado de este balcón.

En cambio, rara vez se asoma a él: se lo estorban las plantas. Para asomarse ha dejado el otro, el de la derecha, vacío. Y ese balcón, vacío y todo, es el balcón por excelencia. ¿Sabéis por qué? Pues porque Luis posee un anteojo astronómico que lo acompaña desde hace mucho tiempo, y por cuyo cristal límpido—de sólo 68 milímetros de diámetro—se ha asomado noches y noches, hace casi tres lustros, al Infinito...

¡Cuántas horas de soledad le ha encantado ese anteojo modesto!

¡Cómo, gracias a él, Luis, en las más hondas crisis de su vida, ha encontrado oasis de serenidad!

El firmamento tiene el don de apaciguar nuestras almas con su ritmo luminoso y eterno.

Y no porque él sea tranquilo, no, señor ¡qué va a serlo! Giran en él orbes convulsos de llamas, hogueras inmensas en que arden, hasta la volatilización, todos los metales, y en que los gases lamen el vacío con sus lenguas de fuego; o bien planetas donde, como en Júpiter, la soli-

dificación apenas comienza, y se forma un continente, «la mancha roja» —muy más grande que toda la tierra—, en medic de ciclópeas conflagraciones. O bien planetas sabios, como Marte, al cual hemos de consagrar asimismo algunas páginas. O cometas ingrávidos que trazan en el éter sus tenues pinceladas de oro; bohemios de infinito, viajeros perennes que van a través de un sistema, y a veces a través de varios, fecundando quizá mundos, dejando caer en cada uno, como sembradores misteriosos, la divina simiente de la vida. O, en, fin, nebulosas enormes de las cuales han de surgir los universos de mañana.

Pues ¿y la luna?

⊠

Oh, sí, ese balcón vacío en el que Luis coloca su pequeño anteojo, es el balcón por excelencia de estas páginas (aun cuando haya otro: el del pequeño salón contiguo, que se menciona al principio—y que ha de dar asunto al postrer capítulo de este libro—, el cual ha sido para Luis faro cordial).

No vayáis, empero, a creer, por lo que se ha hablado y se hablará de los astros, que Luis sea un especie de papamoscas, eternamente embobado con las estrellas y con la luna. No, señor:

a veces, muchas, deja de mirar hacia arriba y mira hacia abajo, hacia la amplia y risueña calle, bordada de acacias y de álamos en la parte que ve al poniente.

Por esa calle pasa la vida entera de la Corte. Pasan los reyes e infantes con muchísima frecuencia, ya que no lejos se levanta la bella e imponente mole del Palacio Real, cuya puerta del Príncipe da a la dicha calle. Pasan los Grandes de España, con sus variados y lucientes uniformes. Pasan los diplomáticos, muy entonados y trascendentales, lleno el meritorio pecho de innumerables cruces de todos colores. Pasan infinidad de automóviles, landós y berlinas, en que la aristocracia se dirige a la Casa de Campo o a la estación del Norte (a dejar a los amigos, especialmente cuando el veraneo). Pasan los democráticos tranvías que van a Pozas y al delicioso Parque del Oeste. Pasan los innumerables simones y carros que sostienen el tráfico con la estación. Pasa la guardia que va a relevar la de Palacio, y que sale del cuartel del Príncipe Pío, tocando sus vivaces pasos dobles y marchando tan ágilmente, con esa agilidad y esa alegría—y esa gracia, lo diremos de una vez—del soldado español (1).

---

(1) *Tachado:* «que hacía exclamar a don Justo Sierra: «estos soldados no marchan: bailan, y que es única en Europa.»

(Al autor le parece grotesco el «piafar» de los soldados prusianos, por lo que pide perdón a sus amigos teutones, sobre todo a los para él simpatiquísimos—¡claro!—que han vertido a la lengua de Nietzsche muchos de sus versos y algo de su prosa. Felizmente, en Alemania no todo es piafar...)

Sí, la vida entera de la Corte, en sus infinitas manifestaciones, desfila por esa calle, aristocrática y popular a la vez cual ninguna otra. Tan aristocrática como ya se ha dicho, y tan popular, que en la taberna ya famosa (y no es reclamo al tabernero) que se abre a la puerta de al lado, vienen a refrescar todos los cocheros, y a cenar en el buen tiempo, en unas mesitas que están bajo los árboles, innumerables gentes del pueblo, en el que abundan, como todos saben, las mujeres hermosas y gallardas; tanto que, según cálculos de Luis, el noventa por ciento de las muchachas del pueblo madrileño son bonitas, o cuando menos agraciadas. También abundan los niños, una enorme cantidad de niños preciosos, rubios y morenos como es de rigor, que alborotan de lo lindo mientras sus padres cenan.

En las noches estivales, la taberna no se cierra (creo que tampoco en las invernales), y toda la santa noche, Luis, que duerme en una alcoba pegada al despacho, con los balcones—esos

hermosos balcones—de par en par abiertos, oye coplas de cuantas regiones hay en España, así como los aires entresacados de todas las zarzuelas en boga, cantadas, ya por ciegos pedigüeños en las primeras horas de la noche, ya por juerguistas en las postreras: simpáticos juerguistas de ambos sexos (como es de suponer) que pasan por la calle de Bailén, de regreso de la Bombilla, y refrescan en la taberna.

Si Luis repitiese algunos de los cantares que ha oido allá en la madrugada, cuando la plata de la luna y de las estrellas se va soldando tenuemente con el oro del alba, sería éste un libro de DEMOPEDIA (como aconseja que se diga, en vez de FOLKLORE, el maestro Cavia) y no lo que va a ser.

También pasan—a toda velocidad y metiendo un ruido de mil demonios—los automóviles en que muchos inefables señoritos vuelven de la nunca bien ponderada Cuesta de las Perdices... algunos de ellos, en el estado que ustedes podrán suponer.

Teniendo, pues, balcones tan privilegiados (el del lado derecho, sobre todo, al cual se asoma Luis, según va dicho) para ver los cielos, heredad de las almas contemplativas, y muchas de

las grandezas de la tierra y de las escenas festivas de la vida diaria, ¿cómo es posible que a Luis no se le ocurriera escribir un libro que se llamase *Los balcones?*

¿Verdad que parece mentira que no se le hubiese ocurrido?

Pues sí se le ocurrió muchas veces en los nueve años y pico que lleva de asomarse al miradorcito ése—que no es el de Próspero, desgraciadamente—y el tal libro lo tienes, lector, en tus manos. Como verás si te resuelves a leerlo todo (¡resuélvete!), habla de lo alto y de lo bajo, de lo divino y de lo humano, a veces en serio, muchas otras sonriendo, porque Luis gusta de sonreir. Es un optimista, no de ésos azucarados que creen, como el doctor Pangloss, que éste es el mejor de los mundos posibles (en contraposición a los que creen, con Hartmann, que es el peor), sino de los optimistas discretos (perdonando la inmodestia), los cuales piensan que la mayor parte de los males que aquejan a la humanidad son obra de la propia estupidez humana, y por lo tanto remediables... cuando a la humanidad empiece a salirle la muela del juicio, de lo cual es quizá un anuncio esta terrible fiebre de la guerra. ¿No tienen por ventura fiebre todos los chicos a quienes salen los dientes? Pues tratándose de toda una señora muela del juicio del género humano, ¿cómo no ha de

subir la temperatura hasta los extremos que acusa el termómetro mundial?

Además, Luis es poeta; como poeta, espiritualista; como espiritualista, no puede menos que pensar en que la portentosa máquina de los universos—que él adivina a través de la lente de su anteojo—debe tener un fin, y un fin bello y bueno.

Le es imposible imaginar que el Cosmos venga del acaso y al acaso vaya.

Cree, pues, en Dios: un Dios a quien quisiera no nombrar, porque, con nombrarle sólo, le parece que lo limita. Un Dios que no es ni bueno ni malo, ni justo ni injusto, porque el asignarle atributos lo limita también; un Dios inefable, incomprensible «por ahora», cuyos fines son tan vastos que resultaría ridículo juzgarlos por el cachito insignificante de tiempo que hace que la humanidad existe... Un Dios que es lo absoluto, lo incognoscible... pero que nos ama, que es más uno con nosotros de lo que creemos: que está más identificado de lo que pensamos con nuestro doloroso pero inmortal esfuerzo.

De ahí que Luis estime que cuanto sucede está bien, o que, como dice el gran poeta Pope en su *Essay on Man:*

All Nature is but Art, unknown to thee;
all chance, direction, which thou can'st not see,

all discord, harmony, not understood;
all partial evil, Universal Good;
and, spite of pride, in erring reason spite,
all truth is clear—whatever is, is right.

Por tanto, este libro ha de ser—es, ya lo he dicho—optimista y sonriente.

No se dirige a los «amargados» a ultranza, a las almas obscuras, incapaces de admitir la luz, sino a los que quieren creer o creen, a los que se resignan o quieren resignarse, a los que esperan... o quieren esperar!




PRIMERA PARTE
MIRANDO A LA TIERRA



EL PAISAJE

Luis ve desde su balcón lo que se ve desde el Palacio Real. Tiene este visual privilegio, del cual se ufana, porque mirar es para él la vida: mirarlo todo y, sobre todo, la Naturaleza.

Luis tiene, según le repiten frecuentemente sus amigos, unos ojos muy grandes, muy abiertos: ojos de niño, que parecen sorprenderse de todo; ojos que acarician lo que miran, sobre todo si lo que miran es el cielo, los montes, la nieve, el agua, los árboles... ¡y las mujeres!

Hay dos edades: la edad de los ojos abiertos y la edad de los ojos cerrados.

Se nace con los ojos cerrados; se muere con los ojos abiertos; como si lo que hay que ver no estuviese más acá del nacimiento, sino más allá de la vida. Pero, fuera de estos dos extremos,

hasta los treinta y cinco o cuarenta años puede decirse que se vive con los ojos abiertos y, después, con los ojos cerrados; es decir, que ya no se ve lo de fuera, sino lo de dentro, la vastedad de los mundos interiores...

Pero Luis tiene abiertos los ojos del alma y los del cuerpo: siempre ve para fuera y para dentro.

No se cansa de contemplar la vida. Y tampoco se cansa de escrutar el abismo interior, en el que percibe ciertas luces misteriosas que danzan sobre las tinieblas, como allá en las lobregueces del Génesis «el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas».

⊠

Frente por frente del balcón, entre el Palacio Real y la montaña del Príncipe Pío, donde Murat fusiló ha más de un siglo a tantos infelices, trágicamente eternizados en el célebre cuadro de Goya, se extiende hasta las primeras derivaciones del Guadarrama el campo ondulante, amarillento, bien arbolado, con depresiones mullidas y risueñas que, al pie del alcázar, es un parque delicioso, llamado el Campo del Moro; que un poco más allá forma la vasta y apacible «Casa de Campo»; que después, con menos verdor y más amarilleces, constituye los montes del Pardo. En el fondo, azul, encrestada, lejana, augusta, la Sierra limita el paisaje. A la izquier-

da, y en el frente, sus picachos parecen surgir del horizonte, angulosos y dentados; pero hacia la derecha, se va haciendo visible el vasto lomo



de las montañas, la ondulación es suave, y gradualmente se destaca, hasta erguirse en toda su magnitud en el Norte, donde es imponente, sobre todo cuando el invierno la acoraza de nie-

ve, y en las noches azules esa nieve bulle misteriosamente bajo la custodia de la Osa Mayor, que muestra siempre sus siete clavos relucientes.

⊠

Oblicuando un poco la mirada hacia la derecha, desde el balcón, y dejándola peregrinar hasta la falda del Guadarrama, los ojos de Luis tropiezan con un distante caserío en el que dominan cuatro torres azuladas y un domo enorme, que parece temblar en la humedad de la atmósfera como un paisaje aéreo: es El Escorial.

Por las mañanas, temprano, cuando el sol le da de frente, El Escorial es perfectamente visible a la simple vista.

Parece un monumento espectral, una basílica de ensueño, un fantasma azul, recortándose apenas sobre el azul más profundo del Guadarrama.

Es indecible lo que Luis goza contemplando esa maravilla lejana, como disfuminada y desmaterializada en el oro de la mañana.

Todo el paisaje que Luis no ha acertado a describir, lo hallaréis, por lo demás, como fondo obligado de muchos cuadros de Velázquez y de Goya. Buscadlo allí, dentro de la inmortalidad del arte, como Luis lo contempla en la inmortalidad de la Naturaleza.

⊠

En cuanto al Palacio Real, que se yergue a la esquina en primer término, obstruyendo buena parte del paisaje, y dejando ver apenas la carretera de Extremadura, Luis lo ha cantado en verso y en prosa. En verso ha dicho de él aquello de:

Sobre el viejo palacio de los reyes de España
vierte místicamente su palidez la luna... (1).

Es un viejo amigo, un familiar amigo aristocrático. Luis conoce sus menores detalles exteriores.

Parécele como si él lo habitara, como si lo que ve fuese una prolongación de su morada... En realidad, Luis vive en un palacio, y mira uno de los paisajes más bellos del reino. Casi diríamos que posee lo mejor de un reinado.

---

(1) *Obras completas,* vol. XI, pág. 141.





LA CARRETERA DE EXTREMADURA

Como un borde que limita el paisaje, a la izquierda, hacia el Suroeste, detrás del Palacio Real, formando una línea cuya prolongación ideal (vista desde los balcones de Luis) vendría a cortar la vertical de la gallarda Punta de Diamante del dicho Palacio, alárgase la carretera de Extremadura, recamada por raros arbolillos, y a cuyos lados alíneanse algunas casas, entre ellas un palacete con dos torres cúbicas, que unos excelentes gemelos «Zeiss» (extraluminosos, número 8) detallan perfectamente.

Por la noche, una línea de luces indica la dirección de la carretera. Esas luces, en la obscuridad del campo, tienen algo de fantástico.

Muchas veces, Luis, contemplándolas o mirando durante el día la cinta polvosa del camino, ha pensado, por natural asociación de ideas, en aquel extremeño de acero, que fué a México en 1519, bajo el reinado del emperador Carlos, y que después de peripecias dignas de la Ilíada, ya por el heroísmo inmenso de los mexica, ya por la invencible persistencia de los castellanos, se apoderó, el martes 13 de agosto de 1521, de la augusta persona de Cuauhtémoc, el último monarca azteca, y rindió así a los defensores de la gran ciudad de Tenoch, rematando con esta victoria la conquista moral, si no material, del Imperio de Motecuhzoma.

En Extremadura vieron la luz muchos de los conquistadores que con don Hernando corrieron esta aventura, una de las más maravillosas que hayan contemplado los límpidos ojos de la Historia.

Los dominadores de México parecen hoy seres de milagro, y los defensores—sobre todo Cuauhtémoc—pueden parangonarse con aquellos grandes griegos y romanos cuya virtud y cuyo heroísmo de diamante asombraron la diáfana adolescencia de Luis, en las páginas de sus libros predilectos.

A últimas fechas, mirando desde su balcón la carretera que conduce derecho a la cuna de los conquistadores, Luis ha releído algunas páginas de la formidable epopeya, valiéndose de la información tan discretamente recogida en el *Diccionario Biográfico Mexicano*, por su ilustre y muy querido amigo don Antonio de la Peña y Reyes.

De estas páginas, Luis ha entresacado algunos fragmentos sugestivos, que se refieren al asedio y toma de la ciudad de México, de la Venecia Azteca, asentada sobre los lagos; de la ciudad única, que Cortés describe, embelesado, en sus cartas al emperador.

Helos aquí:

«Cortés ordenó el asalto general para el 28 de junio (1521). No había querido Cuauhtémoc, —en aquel sitio trágico que habría aterrado a muchos capitanes, que hubiera infundido pavor en el alma de no pocos monarcas,—escuchar una palabra de rendición y de paz. Rehusó toda entrevista; desechó todo ofrecimiento, y mientras más ruda era la pelea y más lejana la esperanza del triunfo, mayores eran sus ardimientos, más bélicas e imponentes y patrióticas sus órdenes de combate; más firme, más heroica su resolución de sucumbir en aras del deber y de la patria.

»Bramaban los cañones; desplomábanse los edificios; caían a millares los cuerpos de los az-

tecas, y cuando el incendio y la matanza eran más grandes, cuando la ira devastadora arreciaba su mortífero empuje, entre aquel estruendo homérico, sonaban más solemnes que nunca el caracol y el atambor guerreros, el mandato imperial de que la lucha continuase. Cuauhtémoc ordenaba tocar su corneta, dice Bernal Díaz del Castillo, «que era una señal que, cuando aquélla tocase, que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa o morir sobre ello, y retumbaba el sonido, que se metía en los oídos; y de que lo oyeron aquellos sus capitanes y escuadrones, saber decir yo aquí ahora con qué rabia y esfuerzo se metían entre nosotros a nos echar mano, es cosa de espanto. Y oíase también un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oía a dos o tres leguas.»



....

«Reforzado el ejército del Conquistador con hombres llegados de la Florida y por nuevos aliados, Cortés formó un cuerpo de zapadores, compuesto de cien mil hombres, con el objeto de terminar la destrucción de la ciudad. A principios de agosto, ésta se hallaba convertida en ruinas, y los aztecas habían quedado reducidos

al barrio de Tenatitech, en donde, dice Pérez Verdía, «se encontraban agrupados hombres, mujeres y niños, sin tener un techo en que abrigarse, viviendo a la intemperie y sin poder proporcionarse ni más agua que la llovediza, ni otros alimentos que unas sabandijas.» «No tenían—cuenta Sahagún—agua dulce para beber, ni para ninguna manera de comer; bebían del agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árbol, y otras cosas no comestibles; y de esta causa enfermaron muchos y murieron muchos.»

«En esta situación pavorosa, combatidos por la sed, por el hambre y por la peste, no menos que por el fuego mortífero del enemigo; amontonados en escombros sus templos y sus hogares; sin más esperanza en aquella tragedia augusta que la única del poeta antiguo: no abrigar ya ninguna, según dice el señor Altamirano, los aztecas defendieron hasta el último instante el suelo de sus mayores; y mientras los hombres combatían sin descanso, las mujeres los ayudaban en esta tarea sublime. «Y soy certificado—dice Oviedo—que fué cosa maravillosa y para espantar ver la prontitud y constancia que tovieron en servir a sus maridos, y en curar las heridas, e en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, e en otros oficios para más que mujeres.»

«Nuevos y terribles asaltos verificáronse el 7 y el 8 de agosto; murieron en ellos cerca de 3.000 aztecas, y el 11 propuso Cortés una entrevista, pero Cuauhtémoc no asistió a ella. Ordenó entonces el Conquistador un ataque general por agua y por tierra, y fué aquél el asedio más terrible de los que sufrió Tenochtitlán. Prescott lo describe en las líneas que citamos al principio de esta biografía, y bástenos decir ahora que, después de dos días de duración, en las primeras horas del martes 13 de agosto de 1521, Cortés habló con el Cihuacoalt o general de los aztecas, a fin de que lograse que el Emperador se rindiera; mas de nuevo rechazó el indomable monarca toda entrevista con el Conquistador, toda transacción con el adversario, y encargó que se le dijera que estaba dispuesto a sucumbir antes que doblegarse o hablar con el enemigo de su patria. La lucha continuó entonces por algunas horas, hasta que Sandoval ordenó a García de Holguín que persiguiese a la canoa en que estaba Cuauhtémoc. Hízolo así el enviado, y en los momentos en que los iberos disparaban sus armas sobre la real embarcación, irguióse el monarca y dijo a los españoles estas palabras: «No me tiren, que yo soy el Rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues a mi mujer, ni a mis hijos, ni a ninguna mujer, ni a ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me

toques a mí y me lleves a Malinche (Cortés)». Ya en presencia de Cortés, «llegóse a mí, dice éste, y díjome en su lengua: que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y lo matase.»

«Preso Cuauhtémoc, sus soldados rindieron las armas; y así murió, en aquella fecha memorable, la monarquía de los aztecas.»

Si el heroísmo de los aztecas fué grande en estas jornadas, no fué menor el de los conquistadores; y si las mujeres nuestras se portaron a maravilla, haciendo cosas más que de mujeres, según la citada expresión de Oviedo, las españolas se significaron también en la conquista.

Luis, hurgando hace algunos años en los archivos de la Real Academia de la Historia, copió de cierta obra manuscrita la siguiente lista de «Doce Animosas Mujeres Conquistadoras»:

«María de Estrada Farfán y señora de Tetela, que la Noche Triste en Otumba i cerco de Mexico, mostró varonil esfuerzo. Vino con Narbáez, i vivió en Toluca.» (Léase a Torq. A. y Herr. Décadas, 3, lib. I, Cap. 22.)

«Beatriz Bermúdez de Velasco, muger de Francisco de Olmos, tan esforzada que en el cerco de México reprehendió a los castellanos que se retiravan, arremetió a los enemigos, armada de espada i rodela, i animados los españoles, volvieron a la batalla, ella delante, alcanzando victorioso triunfo por la heroica muger. (Herr. Dec., 3, lib. 2, Cap. I. Torq. A. cap. 97. Vino con Narbáez.)»

«Maria de Vera, valiente, heroica y sabia. (Vino con Cortés.—Oct. maravilla, lib. 7, oct. 66.)»

«Beatriz Hernández, muger de Benito de Cuenca, que vino con Cortés; fué célebre. (Oct. mar. lib. 7, fol. 180.)»

«Elvira Hernández, suegra de Tomás de Ecifoles, brava e insigne. Fué con Cortés.»

«Isabel Rodríguez, piadosísima en curar a los heridos, a los cuales sanava en una o dos veces que los santiguava en el nombre del Padre, Hijo e Espíritu Santo, poniéndoles un poco de aceite. (Herr. Dec. 3, lib. I, Cap. 22.) Vino con Cortés.»

«Beatriz Hernández, hija de Elvira y muger de Ecifoles, fué valiente. (Oct. Mar. lib. 7, Oct. 66.) Vino con Cortés.»

«Cathalina Márquez, matrona singular. (Oct. mar. 7, oct. 69.) Con Cortés.»

«Beatriz de Ordaz, muger de Hernando Alonso i hermana de Francisco de Ordaz, sublime. Con Cortés. (Oct. mar. 7, oct. 69).»

Nota: Luis tiene por apellido materno el de Ordaz, que llevaron los conquistadores e ilustraron, entre otros, esta Beatriz «sublime», su hermano Francisco, y Diego de Ordaz, natural del reino de León, «uno de los 11»; «adelantado del río Marañón, i del ávito de Santiago». «Todas las crónicas indianas hacen mención de él. Vino con Cortés. (Herr. Lib. 5, Cap. 3.)» Este Diego de Ordaz de León, pidió después a Felipe II, como premio a los merecimientos suyos y de su padre, un escudo de armas, que el Rey le concedió en la forma y manera que se verá en el siguiente documento (1):

Para Diego Ordás de León:

«Don Felipe, etc. Por cuanto por parte de vos, Diego Ordás de León, vecino de la ciudad de México, que es en la Nueva España de las nuestras Indias del mar Océano, nos ha sido hecha relación que Juan González de León, vuestro padre, fué uno de los primeros conquistadores de la dicha Nueva España, e que al tiempo que se ganó la dicha cibdad de México hizo hechos muy señalados, e especialmente en la Casa de

(1) *Tachado:* «Este Diego de Ordaz, lo propio que Francisco Montaño, alférez de Pedro de Alvarado, subió al Popocatépetl y llevó azufre para fabricar pólvora. El emperador le concedió escudo con un volcán en el centro, si Luis no recuerda mal.—Juana Martín fué memorable, según Herrera (Dec. 3, lib. 1. Cap. 22. Octava Maravilla, lib. 7)».

Montezuma, Señor que fué de aquella tierra, se recogieron muchos principales della e se hicieron fuertes en la dicha casa con otra mucha gente de guerra; que a la entrada de la dicha casa había una acequia, y en ella de un cabo a otro una viga de anchor de palmo e medio, la cual estaba ardiendo a grandes llamas, y que de la otra parte estaba un patio grande, donde había mucha gente de guerra para defensa de la casa; y queriendo los españoles acombatilla, llegó allí el dicho Joan González de León, vuestro padre, con un dalle y una rodela, e con ánimo determinado se arrojó por la dicha viga ardiendo y pasó de la otra parte el primero de todos, y se metió entre los indios que defendían la entrada, y los desvió de allí buen rato hasta que tuvieron lugar los otros españoles que con él estaban de entrar seguramente, y les tomaron la dicha casa, por causa y esfuerzo del dicho Juan González de León e los dichos indios. Y que demás de lo susodicho, sirvió en la toma de la dicha cibda de México y en ganar la dicha Nueva Es-



paña, y que habiéndose hecho fuertes mucha cantidad de indios en las torres de Ocholubulco, que son en la dicha cibdad de México, llegó el dicho Juan González de León al pie de las dichas torres, ya que querían subir los españoles y con ánimo determinado dixo en alta voz: ¡Sanctiago y arriba! Y fué el primero que subió a las dichas torres, a cuya causa y esfuerzo se ganaron, e hizo en todo ello cosas señaladas; y que de antes había servido de capitán en la conquista e población de la isla de San Juan y en otras partes, donde había pasado grandes trabajos, hambres y necesidades y hechos muy señalados, como dixistes constaba y parescía por cierta información de que ante Nos, en el nuestro Consejo de las Indias, hicistes presentación, y nos suplicastes que en remuneración de los servicios del dicho vuestro padre e de los que vos habíades fecho en la dicha Nueva España, y porque dellos y de vos quedase memoria, vos mandásemos dar por armas un escudo hecho dos partes: en la una una viga ardiendo sobre unas aguas de mar, y arrimado a la dicha viga un león puesto en salto, en memoria de la viga por donde pasó el dicho vuestro padre, en campo colorado, y en la otra parte una torre blanca, y que encima della salga una cabeza de un hombre armado y un brazo con una espada en la mano en campo azul, en memoria de haber sido

el dicho vuestro padre el primero que subió en dichas torres, y por orla ocho estrellas azules en campo dorado, y por timbre y devisa un yelmo cerrado con sus trascoles y dependencias y follajes de azul e oro, e como la nuestra merced fuese, etc. Dada en Valladolid a 3 de octubre de 1558—La Princesa. (Nobiliario de Conquistadores de Indias. Pág. 206 de la edición hecha por la Sociedad de Bibs. Espñs.)

Pero concluyamos la enumeración de mujeres ustres que fueron a la Conquista:

«Juana Martín: fué memorable según Herrera, Dec. 3, lib. I, Cap. 22. Oct. maravilla. Lib. 7. Oct. 69. Con Narbáez.»

«Francisca de Ordaz (otra que lleva el ilustre apellido materno de Luis), muger de Juan González de León, padre de Juan Ponze, con Cortés. Fué única i valerosa. Oct. mar. fol. 10.»

«Beatriz de Palacios, muger «parda» de Pedro de Escobar, tan singular i briosa que, mientras su marido reposava, hacía en el campo de guardia la posta por él, ensillava el cavallo i peleaba al lado de su marido. Torq. lib. A. Gom. 2. Part. Herr. Dec. 3. lib. I. Cap. 22. Con Narbáez.»

⌘

Después de recorrer a vuelo de alma el escenario lejano y querido de la gran conquista,

Luis recuerda la capital escena que pudiera servir de epílogo:

Ve a un hombre delgado, enjuto, de ojos ardientes, de poblada barba negra en que albean ya muchas canas, paseando nerviosamente por la calle Mayor de este Madrid, en espera de algo, de alguien, que absorbe todo su inquieto pensamiento.

Hace mucho tiempo que el hombre aquel recorre la desigual y polvosa vía, cuando a lo lejos, viniendo del occidente, aparece una gran litera, precedida y seguida de criados con la librea imperial.

En la litera vienen dos hombres: uno de ellos, a quien el otro ha cedido respetuosamente el sitio de honor, más que maduro, de barba gris, de acentuado prognatismo, de fisonomía cansada y pálida, de ojos azules, pequeños, opacos, un poco tristes, lleva sobre el pecho por toda insignia el toisón.

El hombre que paseaba nerviosamente por la calle Mayor, con movimiento brusco se acerca a la litera, y quitándose el gran fieltro, bastante usado, dice con voz respetuosa, pero en la que asoma la impaciencia:

—Señor...

El hombre enlutado del toisón le mira fríamente y le pregunta:

—¿Quién sois?

El interrogado, no pudiendo ya contener su amargura, exclama:

—Soy un hombre que ha dado a V. M. más reinos que provincias heredó de sus antepasados.

Y dejando proseguir su camino a la imperial litera, exclama en alta voz:

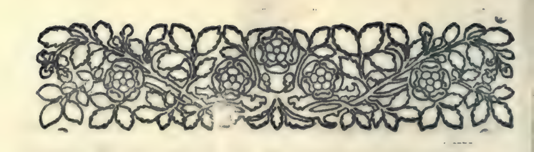
—¡Qué mala memoria tienen los reyes!

Y se aleja con la frente inclinada y la siniestra en el pomo de su acero...

✠

Carretera de Extremadura: ¡cuántos recuerdos evocas, cuántas asociaciones de ideas despiertas en la mente de Luis!





LA LECCION DE LA ARAÑA

TIENE Luis en el balcón de la izquierda (lo he anunciado ya) un cactus especial, oblongo, que no da más que una flor en el año.

Esta flor es de un maravilloso lila encendido, que confina con el violeta.

Un año se está allí silenciosamente la planta, circundada de espinas, para producir su flor única. Un año alimenta con enigmático mutismo su designio escondido, que florece al fin en una gran corola delicada y aristocrática.

¿No es esta planta por ventura el emblema de algunas grandes almas solitarias, hoscas, ceñidas por las espinas de todas las contrariedades y de todos los dolores, y que al cabo un día dan una flor magnífica de heroísmo, de arte, de ciencia, de santidad?

⊠

Pero el adusto cactus que fragua su corola imperial, su verdadero *lilium inter spinas*, tiene

un enemigo tan pequeño como formidable: trátase de cierto arácnido, de tal suerte minúsculo, que apenas si la excelente vista de Luis alcanza a percibirlo, como un átomo amarillento, sobre el verde jade de la planta.

Este arácnido se multiplica con la rapidez de fecundación con que la naturaleza defiende algunas especies, y posee una cualidad peculiar de casi todos los insectos, pero que ha enseñado a Luis más que muchos libros: la tenacidad, la perseverancia, elevadas hasta lo absoluto.

⊠

Todos los días, entre las espinas, que le sirven a maravilla para su telar, tiende redes de un cristal tan tenue, que casi llega a la inmaterialidad; y todos los días coge Luis un largo alfiler y le destruye su tela, digna de vestir a una diminuta cenicienta, en el país de las hadas.

Invariablemente, después del almuerzo, al salir Luis a sus balcones, buscando por breves instantes la pálida caricia de un ictérico sol de otoño, la tela penelopeica está tendida en el telar de espinas; e invariablemente, con alfilerazo brutal, él la desgarra.

La araña no ve a Luis, no puede verlo; vive en otro plano. La diaria catástrofe debe ser para ella tan inexplicable como algunas de las que al

hombre aterrorizan, y que lo han hecho, en el albor de las edades, forjar cóleras de dioses imaginarios... Pero, al revés de nosotros, sin lamentaciones inútiles, sin detenerse en comentarios filosóficos, emprende ella resueltamente la restauración de su tela, como el héroe de *La Débâcle*, de Zola, coge el arado para reconstruir la Francia deshecha, al día siguiente de la derrota definitiva.

⊞

¿Quién se cansará primero: la araña, que «quiere» tejer su tela, o Luis, que «quiere» defender su flor rara y preciosa?

He aquí el choque de dos voluntades, las dos conscientes quizá...

¿Cuál ha de ser la vencedora?

Confesémoslo humildemente: ¡la vencedora será la voluntad de la araña! A menos que un tercero en discordia, un *outsider*, el invierno, mate al insecto.

Vencerá la araña, sí, porque Luis ignora los medios de destruir sus gérmenes microscópicos, y ella tiene contra la tenacidad nativa de él la fecunda pequeñez de sus huevos.

Pero, vencido Luis, debe a este animálculo una de las mejores lecciones de su vida.

Este insecto ha sido para él un profesor de energía («como dicen los locos de hoy»...)

—Amiga araña—exclama Luis al contemplarla—, yo he de vencer siempre como tú, porque soy como tú laborioso, paciente, sereno, tenaz.

«Nada en la tierra me impedirá tejer mi tela de plata y de cristal ingrávido y aprisionar en ella a muchas voluntades, al parecer más firmes, corpulentas y ruidosas, como las moscas zumbadoras que tú aprisionas en la tuya.»





MELANCOLIA REAL

I

YA se ha dicho que desde los balcones de Luis se ve el Palacio Real de muy cerca.

S. M. y Luis son vecinos... vecindad que pudiera recordar, por lo desigual, aquel diálogo entre Eduardo VII y el gran humorista Samuel

Clemens (Mark Twain), cuando este último fué presentado al Emperador y Rey.

—Tenía muchos deseos de conocer a usted— dijo Eduardo—: no le había visto más que en retratos.

—Vuestra Majestad no recuerda, probablemente, que ya nos hemos encontrado en el Strand...

—¿Es posible?

—Sí, señor; Vuestra Majestad iba en su carroza, y yo... estaba en un balcón.

S. M. Católica y Luis son, pues, vecinos: viven en la misma calle. Sólo que Luis sale muy frecuentemente a sus balcones (¿hubiera de otra suerte escrito este libro?) y S. M. muy raras veces. Fuera de los días en que pasa algún regimiento, durante cuyo desfile suele el Rey asomarse al balcón que da a su despacho.

Un rey es demasiado notorio para salir al balcón.

Además, esto no sería distinguido.

Los palacios están casi siempre cerrados.

El sol es harto chillón para la aristocrática penumbra que debe reinar en ellos, y que tan propicia resulta para las cien obras de arte, para las sedas preciosas, para los muebles delicados.

Sólo en los cuentos los reyes, mejor dicho, las princesas, están en los balcones cuando pasa el príncipe azul, o el caballero heroico, o el pastor...

La princesa los ve: amor hace de las suyas, y el milagro se realiza...

«Es menester—dice Don Quijote a Sancho—andar por el mundo como en aprobación buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces, diciendo: «Este es el caballero del Sol, o de la Sierpe, o de otra insignia alguna». Y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará a las fenestras de su Real Palacio el rey de aquel reino. Y así como vea al caballero, conociéndole por las armas o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «¡Ea! ¡Sus! Salgan mis caballeros cuantos en mi corte están a recebir a la flor de la caballería que allí viene», a cuyo mandamiento saldrán todos; y él llegará hasta la mitad de la escalera y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la Señora Reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su

hija, que ha de ser una de las más hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto, luego encontinente, que ella ponga los ojos en el caballero y él en los della, y cada uno parezca a otro cosa más divina que humana... Y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha... Y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había hablado.» (Parte 1.ª, lib. III.)

⊞

En la vida real, los monarcas, príncipes y princesas, muy otros que estos del *Quijote*, tienen un tirano implacable: la curiosidad pública, casi siempre estúpida.

Un rey no puede detenerse ante un escaparate, no puede ir y venir a su sabor y talante... fuera del pastoril Munich, donde S. M. bonachona, un excelente Wittelsbach, se cuela por todas partes, como el Gran Arún el Raschid o el justiciero don Pedro de Castilla.

⊞

Aquel día, pues, excepcionalmente, el Rey estaba en el balcón (el primero de la fachada Nor-

te del Alcázar, en el saliente del torreón, y que se abre sobre el picadero).

S. M. fumaba un cigarrillo después del almuerzo.

Vestía de obscuro. Tenía la cabeza apoyada en la palma de la mano, y el codo sobre el barandal, en la actitud clásica de la meditación.

Parecía triste.

Y Luis, que siente una gran simpatía por el Monarca (a quien alguna vez ha recitado versos, solos los dos, en una mesita del comedor del Tiro de Pichón, casi al oído, con gran curiosidad de los aristócratas colombicidas, que no podían desde lejos, a través de las vidrieras, pillar ni una palabra de aquella para ellos insólita conferencia, *sotto voce)*; Luis, digo, con la imaginación que tiene, púsose a pensar en esa *melancolía real* que pasea su claror de luna por el Trono de España, de rey en rey; en esa Melancolía que parece ser una herencia misteriosa y lejana...

Y fué recordando a los reyes tristes, a los austeros y pensativos monarcas, desde el atribulado padre de la Gran Isabel, repasando en su memoria lo que de esa melancolía dicen los historiadores.

II

Pocas horas antes de morir, decía el rey don Juan II a su médico: «Bachiller Cibdad-Real, nasciera yo fijo de un mecánico e hubiese sido fraile del Abrojo, e no rey de Castilla...»

Su vida, amargada por pusilanimidades idiosincráticas, conturbada por las ambiciones y turbulencias de los grandes, entristecida por la muerte de su valido el gran don Alvaro de Luna (que se vió obligado a decretar), era un hosco camino de melancolía, como por lo demás la vida de casi todos sus antepasados: ¡que es duro, muy duro oficio el de reinar!

Más de medio siglo después, una nieta suya moría, tras de larga locura, en una monacal y bermeja ciudad castellana. Su juventud había sido acibarada, primero por una propensión aguda a los celos, heredada de su madre la gran reina Isabel, y después por la muerte de su marido don Felipe, en la flor de su edad.

Esta rara y admirable mujer pasó su larga existencia asida a una sombra...

El glorioso hijo de Juana la Loca, el gran Emperador Carlos V, un siglo después de que su bisabuelo pronunciara las tristes palabras que he citado al principio de estas páginas, en 1555,

cumpliendo con la misteriosa herencia de melancolía real, abdicaba en favor de Felipe II, su heredero, en la ciudad de Bruselas.

En septiembre de 1556, al volver a España para encerrarse en un monasterio, besaba la tierra diciendo: «¡Oh madre común de los hombres: desnudo he salido del vientre de mi madre y desnudo entraré en el tuyo!» (1).

Dos años más tarde, el 24 de agosto de 1558, en el monasterio de Yuste, el César asistía a sus exequias, y por su orden los monjes las celebraron, mientras él, envuelto y metido en su ataúd, salmodiaba débilmente el oficio de difuntos.

Terminada la ceremonia, el Emperador se quedó solo en la iglesia, en su féretro, del cual pudo salir, vacilante, para postrarse en el altar.

Poco después, el 21 de septiembre de 1558, moría «de veras», no sin haber dejado el enorme fardo de su melancolía, grande como el imperio español de entonces, a su hijo don Felipe.

Este, en el apogeo del poder y de la fortuna, compuso una glosa que decía:

---

(1) Como los historiadores jamás están de acuerdo, ya que la historia es «fábula convenida» en cuanto al conjunto, y desacuerdo en cuanto a los detalles, otros afirman que Carlos V dijo: «Salve, madre común de todos los mortales. Desnudo y pobre vuelvo a ti, tal como salí del vientre de mi madre. Deja que en ti repose hasta el día que Dios me llame a juicio.»—*(N. del A.)*

Contentamiento, ¿dó estás
que no te tiene ninguno?

y como símbolo de su displicencia, de su austeridad y de su tedio ascético, hacía surgir de la montaña ese coloso gris que se llama el Escorial.

Enemigo de la sociedad, hosco para con los grandes, bondadoso con los humildes, meticuloso en el ceremonial de la corte, retraído, frío en apariencia, devoto en demasía, vestido siempre de negro, «sin bordados de oro o plata, ni más joyas encima que la insignia del Toisón y la cadenilla de oro de su reloj», esquivando todas las miradas, al grado de correr algunas veces para que nadie lo viese las cortinillas de su coche, Felipe II parecía el legatario por excelencia de la melancolía ancestral.

Como Wamba, su lejano antepasado, en las penumbras de Pampliega, sumergióse con voluptuosidad enfermiza en las del Escorial.

A ejemplo de su padre, poco antes de morir ordenó sus funerales, haciendo colocar el féretro a su vista.

La enfermedad fué para con él implacable. Da angustia leer la descripción de sus últimos días, de los cuales, el padre Quevedo, testigo presencial, dice lo siguiente:

«La debilidad producida por enfermedad tan larga, el ardor de la calentura, la sed insaciable de hidropesía, los rabiosos dolores de las úlce-

ras, todo le mortificaba a la vez. Cincuenta y tres días duró en este estado, siempre en una misma postura, que era boca arriba, sin poderse mover a ningún lado ni ser posible mudarle la ropa que estaba debajo; de modo que con las evacuaciones naturales, la podre de las postemas, lo que se vertía en los medicamentos y el sudor de la tisis, se hallaba el pobre rey sumergido en la cloaca más inmunda que pueda imaginarse. Esta asquerosa podredumbre se comunicó a su cuerpo, y sus espaldas y asientos se convirtieron en una llaga fétida y repugnante; desde el dedo pulgar del pie hasta lo alto de la cabeza, no tenía nada sano.»

Después de la extremaunción, que le fué aplicada por don García de Loaisa, arzobispo de Toledo, el 1.º de septiembre de 1598, quedó el rey a solas con su hijo, a quien dijo:

—He querido que os halléis presente a este acto para que veáis en qué paran las grandezas del mundo.

Abierta su alma a la misericordia, perdonó a muchos delincuentes, y a sus enemigos que sufrían por él persecución, y expiró en su fría y triste celda de monje en el Escorial, el 13 de septiembre de 1598, a la edad de setenta y dos años, y después de cuarenta y tres de reinado, durante el cual vió pasar algunas veces el amor, siempre el poderío, muchas la gloria, que le

conquistaban sus generales (aun cuando fuese en la forma teutónica, podríamos decir hoy retrotrayendo el calificativo, en que lo hacía el gran duque de Alba), y ni una sola vez a la Felicidad...

Contentamiento, ¿dó estás
que no te tiene ninguno?

⊠

Felipe III era piadoso, indolente y... melancólico también. Su bondad, muy grande, sus costumbres puras, hicieron de él el mejor de los hombres, pero no pudieron hacer el mejor de los reyes. Mientras se daba por entero a sus prácticas piadosas, un valido gobernaba a España.

El desgano del poder, la negligencia para todo, aun para evitar un mal, eran tales, que le causaron la muerte.

Un historiador refiere, en efecto, que, en cierta ocasión en que el rey despachaba en su gabinete, como el frío era excesivo, le habían aproximado un brasero, cuyo calor le incomodaba al extremo de hacerle sudar.

«La benignidad de su carácter le impidió quejarse, porque jamás hallaba nada mal hecho. Habiendo notado el marqués de Povar la incomodidad que el rey sufría con el calor, se lo advirtió al duque de Alba, gentilhombre de cáma-

ra, para que hiciese quitar el brasero; pero como dijo que no era de su cargo y que tenía que dirigirse al duque de Uceda, sumiller de corps, el marqués de Povar, aunque inquieto por ver sufrir al rey, y no atreviéndose él mismo a aliviarle, por temor de mezclarse en las funciones de otro, dejó el brasero en su sitio. Envió, sin embargo, a buscar al duque de Uceda, quien por desgracia se hallaba en su casa de campo, poco distante de Madrid, de suerte que, mientras llegó, se había casi asfixiado el rey.

»Desde aquella misma noche, su temperamento ardiente le produjo una fiebre terrible, con erisipela, que degeneró en escarlata, de cuyas resultas expiró, el 31 de Marzo de 1621.»

La melancolía de este rey fué acaso menos hosca que la de su antecesor: más resignada, más afable, si vale la palabra; pero tan honda como la del «monje» de El Escorial.

III

El reinado de Felipe IV, en el que empezó el desmembramiento de España, fué muy agitado y lleno de desastres.

La melancolía aguda de este rey, así como

sus angustias religiosas, laten en las cartas que dirigió a la V. María de Jesús de Agreda.

Su convencimiento de la nada de las cosas y su tristeza de la vida, suspiran en este soneto que compuso:

LA MUERTE

Es la muerte un efecto poderoso,
firme su proceder mal entendido,
amada de Mitrídates vencido,
temida de Pompeyo poderoso.
Es la muerte un antídoto dudoso
al veneno del mísero rendido,
que de propias desdichas sacudido,
libra en eterno sueño su reposo.
Puerto donde la nave combatida
de la saña del mar contrario y fuerte,
piensa tener propicia la acogida.
Es un bien no estimado, de tal suerte,
que todo lo que vale nuestra vida
es porque tiene necesaria muerte.

La melancolía estuvo empero paliada en Felipe IV por su amor a las letras y a las artes y por la sociedad con hombres eminentísimos, que han dejado en la historia literaria de España un reguero de luz, un gran resplandor de gloria.

Este amor que dispensó a las artes y a la

poesía de su tiempo—gran tiempo, gran siglo en lo que se refiere a fiestas del espíritu—han hecho y harán que se le perdonen muchos yerros.

Bastaría el inmenso nombre de Velázquez para hacerle acreedor a toda la indulgencia y a toda la simpatía de la historia, cuando no bastasen los de Lope, Quevedo, Calderón, etc., etc. (poniendo en estos etcéteras cada nombre inmortal).

⊞

Todos sabemos cuál fué la vida del mísero Carlos II, postrer monarca de la Casa de Austria, «el rey del labio caído»; y si no la supiésemos, bastaría (y sobraría) con leer a Weis, Hume, Buckle, etc.; y el enjundioso libro de Maura Gamazo sobre el reinado de este príncipe, que acosado por todo género de enfermedades y tribulaciones, pasó por el mundo como un raro ejemplo de miseria real.

«Nada durante su época se concluía ni ejecutaba: todo parecía sumergido en un letargo, que añadía nuevos males a los que ya sufría el reino.»

⊞

Se hubiera dicho que con el advenimiento del grande y buen Felipe d'Anjou al trono español,

un rayo del alegre y entonces radiante sol de Versalles iluminaría el viejo Alcázar de Madrid.

Pero no fué así. Durante muchos años, las perennes batallas y agitaciones de la guerra de sucesión ahogaron la melancolía del rey, heredada por la línea materna de los Austrias. «Pero desde el momento en que se restableció la tranquilidad en sus estados—dice un historiador—, se apoderó de él una sombría tristeza.» Desengañado de las grandezas humanas a los cuarenta años, «a imitación de su ilustre abuelo Carlos V, experimentó la necesidad del retiro». Abdicó en favor de su hijo Luis, y se alejó a la apacible soledad de San Ildefonso.

«Es cosa digna de notar—dice el citado autor—esa melancolía que se ha apoderado de algunos reyes de España. No sólo Carlos V se hizo monje en el monasterio de Yuste y quiso disponer sus funerales; también su hijo Felipe se ocupó del mismo cuidado... Felipe IV pasó los últimos años de su vida en El Escorial, donde concluyó el panteón, ese vasto sepulcro de los reyes de España, y únicamente las vivas exhortaciones del director espiritual de Carlos II pudieron conseguir que este príncipe hiciese volver a cerrar los sepulcros de su padre y de Luisa de Orleans, su amadísima esposa, cuyos mortales despojos quería contemplar a cada instante.»

Pero qué más: ni el nobilísimo, el intachable, el gran Fernando VI, pudo escapar a esta negra herencia de tristeza.

Si Felipe V, su padre, llegó a estar tan melancólico que a veces no se levantaba de la cama, despachando en ella todos los negocios, al lado de su esposa Isabel Farnesio, que hacía labor, Fernando VI fué aún más extremoso en su mal:

«La felicidad de que hacía gozar a sus pueblos y las bendiciones de que colmaban su nombre habrían debido preservar a este príncipe de ser acometido de un mal que parecía inherente al trono de España. Sin embargo, una melancolía aún más sombría que la de su padre se apoderó de él, y en el fondo del palacio del Buen Retiro no podía hallar remedio a la afección que minaba su salud y debilitaba su espíritu. María Bárbara de Portugal, su mujer, recurrió entonces al gran cantor Farinelli, cuyos talentos, famosos en toda Europa, habían disminuído el mal humor de Felipe V, y Fernando sintió el mismo ventajoso efecto. Los sonidos armoniosos han tenido siempre una influencia saludable sobre la mente enfermiza. El poderoso encanto de la voz de Farinelli disipó las nubes que obscurecían la razón del soberano.

»Pero si Farinelli pudo aliviar los sufrimientos de Fernando VI, no le era dado prolongar

sus días: aniquilado el monarca por una enfermedad de languidez, sucumbió el 10 de agosto de 1759, a la edad de cuarenta y seis años, sin dejar descendencia.»

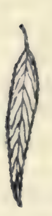
Y basta de historia, de toda esta historia venida a los puntos de la pluma simplemente porque Luis, desde su balcón, vió al rey de España, pensativo, en el suyo... ¿No le ha visto en cambio muchas veces, incontables veces, sonriente, animoso, vivaz, con cierta expresión de suave travesura en el rostro de acusado perfil, donde la raza trazó líneas tan enérgicas? ¿No ha escuchado sus conversaciones coloridas, expresivas, mientras las manos largas y afiladas—admirables manos—se apoyan en el puño de la espada? ¿No ha oído sus apropósitos, a veces tan ingeniosos, sus observaciones y respuestas, a veces tan felices?

No; no ha heredado este monarca tan simpático e inteligente la melancolía de sus abuelos. Trabaja demasiado para estar triste; es una voluntad siempre tensa, que quiere el engrandecimiento de su España y que lo conseguirá.

El melancólico no es el rey: es «su vecino» Luis, que aunque nacido en modestos peldaños de la escala social, comprende—y cuán hondamente—esa incurable tristeza, complicada con

tanatofilia, de los antiguos reyes. Luis, pequeñito y todo, se parece a Carlos V y a Felipe II en una sola cosa: en su melancólico desdén por todas las grandezas humanas:

Contentamiento, ¡dó estás
que no te tiene ninguno!





PASAN LOS SOLDADOS...

PASAN bajo los balcones de Luis los soldados que van a la guerra de Africa.

Toda la noche las trémulas y agudas trompetas han desgarrado la sombra.

Pasan con aire vivo y marcial, y el pueblo que los contempla lanza gritos trágicos.

El calor mantiene abiertas las ventanas, y las claras trompetas despiertan los oídos.

Pasan animosos y resueltos los soldados que van a la guerra, a la nueva guerra de Africa.

¡Oh destino! ¿A cuáles has marcado ya para la muerte?

Los que han caído en los rojizos arenales africanos, entre las chumberas espinosas, pasaban así, hace pocos días, ágiles, resueltos, descuidados y hasta alegres.

No eran como los «prevenidos» de Maeterlinck.

Y, sin embargo, un signo de predestinación misteriosa brillaba ya sobre su cabeza.

¡Oh alma! Esforcémonos ahora piadosamente por adivinar ese mismo signo en la sombra espesa que nos rodea...

¡Así podremos con más amor despedirnos de los que no han de volver nunca!

No consultemos a las estrellas: todas, en la admirable noche, radian tranquilas.

No consultemos el corazón de las madres, de las esposas y de las amadas: casi todos esos corazones ahora brincan inquietos, en una intolerable agonía, y se dicen que el soldado no volverá acaso... Pero mienten las pobres entrañas imprevisoras. Han de volver casi todos.

Para matar a un hombre en esta guerra se necesita más de una tonelada de plomo diseminada en balas.

Volverán casi todos...

En cambio, hay diez corazones que laten tranquilos, que no tiemblan ante la aguda vibración de las trompetas.

Y, sin embargo, ¡oh novias, oh madres!, diez soldados van a caer en la inhospitalaria tierra africana.

¡Un signo pálido brilla sobre su frente, pobres ciegas, y no habéis podido adivinarlo!

(1909.)



PASA UNA INFANTA...

LENTAMENTE, con la lentitud de los cortejos, con la severa lentitud de los cortejos fúnebres, pasa la Infanta...

Pasa la Infanta rígida, en su ataúd de caoba, dentro de la estufa dorada.

Toda la pompa real la sigue y la precede.

¡Cuánto oro! cuánta plata! cuánto color!

Púrpura cardenalicia, morados episcopales contrastando con el sayal del capuchino descalzo o con el negro y blanco del dominico.

Una marcha tocada a la sordina prolonga sus compases en la triste diafanidad de la tarde otoñal: dulce tarde de las postrimerías de septiembre, dulce tarde llena del presentimiento del invierno.

A través de las hojas, ya amarillas a trechos, de los árboles, que fragmentan la escena, mira

Luis pasar, desde su balcón, aquel tristemente suntuoso cortejo.

Los innumerables soldados, con sus fusiles a la funerala y su paso lento, desfilan, mientras los cobres tocan doloridamente, con agudos que azotan los nervios, la marcha fúnebre de Chopin.

Cuán otra de la marcha nupcial que en una mañana de enero de 1906—lo recuerda muy bien Luis—estremecía los ámbitos de la soberbia Capilla real.

Entonces la infanta morena se casaba con un príncipe rubio de la casa de Baviera, con un Wittelsbach, sobrino de Luis II, el bien amado de los poetas.

Grande fué la pompa de aquellas nupcias, que precedieron en muchos meses a las del rey, celebradas en la iglesia de San Jerónimo, y a las que Luis asistió también.

❖

Predilecta de los dioses, la Infanta morena se casó por amor. Saboreó ese vino de la vida, sin llegar a las heces amargas; tuvo después otra embriaguez divina: la de la maternidad; y más tarde, en juventud plena, sin dolor, sin adioses, en repentino colapso, se fué...

❖

Allí, apaciblemente dormida en esa caja, den-



tro de esa estufa de cristal y oro, rodeada de graves custodios, recuérdame una bella estampa del cuento de Blanca de Nieve y Los Siete Enanos, cuando, en otra estufa cándida, la conducen sus barbudos, minúsculos y contristados guardianes.

Esta noche, en un tren especial, en que temblarán las luces de los blandones, la Infanta llegará al espectral palacio gris, que yergue su inmensa mole de granito, monástica y feudal, al pie de la montaña helada, cuyo perfil se recorta sobre el oro vivo de la tarde.

Allí, primero en un columbario, y después en una tumba definitiva, de mármol blanco, en el panteón de infantes, cerca de su hermana doña Mercedes, María Teresa de Borbón y de Austria «aguardará la resurrección de la carne».

⊠

Luis, que ha conocido tantos príncipes y reyes, no recuerda una princesa más princesa que esta Infanta, por el natural señorío de su actitud, por la sencillez noble de sus gestos, por el difícil aplomo de sus conversaciones y, sobre todo, por la bondad soberana que irradiaba de sus ojos obscuros.

Poco antes de la muerte de S. A., Luis había recibido del jefe de su Casa, el marqués de San Felices de Aragón, esta carta:

«Muy señor mío de mi distinguida consideración: S. A. R. la Serma. Sra. Infanta D.ª María Teresa ha agradecido sinceramente, y así me encarga se lo manifieste a usted, los preciosos versos que ha tenido la bondad de escribirla en su álbum particular, que ayer le entregó don Mariano Miguel del Val.

»La augusta señora me ordena también salude a usted en su nombre, y al hacerlo así aprovecho la ocasión para repetirme de usted atento seguro servidor, q. l. b. l. m.,—*El Marqués de San Felices de Aragón.*

»7 de mayo de 1912.»

Los versos a que se hace referencia dicen así:

Cuando aún a tu España no venía,
«¿Cómo será una infanta?», me decía.
Mas cuando vine al suelo castellano,
cuando pude besar tu noble mano,
para todos los míseros abierta
(como tu corazón, como tu puerta);
cuando miré, señora,
tu apacible pupila ensoñadora,
en la que se refleja bondad tanta,
me dije: «¡Ya sé cómo es una infanta!» (1).

Y Luis recordaba estas cosas mientras el desgarrador sonido de los cobres sacudía sus ner-

(1) Véase: *Obras completas*, vol. III, pág. 98.

vios y despertaba en su corazón angustiosos ecos.

Un sol empalidecido ya por el otoño arrancaba fugitivos relámpagos a las alabardas, frente a la verja del Picadero, y enrojecía las ventanas, abiertas curiosamente al paso del cortejo, del largo y lento cortejo...

Y desde su balcón Luis veía, allá, a lo lejos, el término de aquel pausado viaje: el espectro azulado del Escorial de granito, del Escorial monástico, donde muy en breve «pernoctaría», durante esa noche que no se acaba, la dulce hermana del rey Alfonso.





PASA UNA EMPERATRIZ

Muy frecuentemente, en uno de los coches de la casa de Alba, venía del Palacio de Liria, al Palacio Real, una anciana enlutada.

Luis la ha visto pasar varias veces desde su balcón.

Ha tenido además ocasión, en alguna solemnidad, de contemplarla de cerca.

Aún conserva algunos vestigios de la antigua resplandeciente y soberana hermosura, que pintó Winterhalter.

Esta anciana es llamada todavía la Emperatriz, y reinó—verdadero capítulo de cuento de hadas que muestra los tesoros de imprevistas

maravillas que tiene la vida—, reinó sobre el pueblo más admirable, más inteligente y entonces más poderoso de Europa.

Esta anciana es Eugenia de Montijo, condesa de Teba, viuda de Napoleón III, nacida en Granada en 1826, hace noventa años...

Su reinado está de tal modo unido en la historia con la famosa expedición de México y la fundación allá de aquel deleznable imperio de Maximiliano de Austria, que es imposible para un mexicano ver a esta Emperatriz y no pensar en la otra, en la pobre Emperatriz Carlota.

¿Es cierto que Eugenia llamó a la guerra de México MI GUERRA, por haberla sugerido Napoleón? No lo sé. La historia lo rectificará o lo ratificará. Pero las dos víctimas de aquel Imperio de Barro, las dos nobles y bellas víctimas, Maximiliano y Carlota, merecerán siempre la compasión simpática del mundo.

Cuando Carlota vió perdida la causa de Maximiliano, quiso, de acuerdo con su esposo, intentar un recurso supremo: convencer a Napoleón para que no retirase su ejército de México, único apoyo del pobre archiduque en aquella tempestad deshecha. Emprendió, pues, el viaje a Europa, acompañada de la condesa del Barrio.

Las jornadas de México a Veracruz fueron penosísimas. En las cumbres de Maltrata, una horrible tempestad se desencadenó a su paso.

El trueno retumbaba pavorosamente en las montañas. Los relámpagos alumbraban la lívida faz de la Emperatriz con su fulgor repentino. Los rayos, comò al rey Lear, le apuntaban, pero no le pegaban...

En París, Carlota se alojó en el Gran Hotel. Apenóle profundamente que la Emperatriz Eugenia, a su llegada, no fuese a recibirla. (Después se supo que había sido por culpa del ministro de México, que no acertó a notificar a tiempo el arribo de su soberana.)

La Emperatriz adolecía ya entonces de un huraño anhelo de soledad. No comía casi. Su admirable cara de veintitantos años, tan bella, veíase de continuo enlobreguecida por una pena sorda y misteriosa.

Al fin se le notificó que el Emperador y la Emperatriz la recibirían en Saint Cloud.

Allí la entrevista fué angustiosa. Napoleón, cortés pero firmemente, se negó a mantener en México sus tropas. Carlota, en un momento de nerviosidad excesiva, se lamentó amargamente, con exaltada voz, de haber podido por un momento fiar en la promesa de un príncipe *parvenu*, olvidándose ella de quién era.

Después, cuando por insinuación de la condesa del Barrio, la Emperatriz Eugenia ordenó que trajesen a Carlota la naranjada que habitualmente tomaba en las tardes, la pobre princesa

vaciló en tomarla: creía que estaba envenenada... El delirio de persecución empezaba a hacer presa en ella. Su pobre alma se asomaba ya al *maelstroom* de la locura, próxima a naufragar en él.

Puesto que Napoleón no accedía a sus súplicas y que su príncipe rubio, allá en México, iba a perecer sin esta ayuda, iría Carlota a hablar a Pío IX: él intercedería ante el Emperador. La más alta autoridad moral del mundo sería oída, sin duda, por el sobrino del corso... y el trono de México se salvaría.

Pío IX recibió a la Emperatriz familiar y afectuosamente, mientras desayunaba, después de la misa.

Pero, con inmensa estupefacción del Papa, Carlota, cogiendo de pronto un pedazo de bizcocho, lo sumergió en el chocolate de S. S. y lo llevó ansiosamente a su boca, diciendo que tenía hambre y que no podía tomar nada en ninguna parte, porque querían envenenarla.

Pío IX comprendió...

Sin dejar de sonreir, pidió un chocolate para la Emperatriz de México e hizo seña de que la vigilasen.

Carlota negóse a salir del Vaticano, afirmando que si salía peligraba su vida.

Se quedaría allí. ¡Allí dormiría!

Gran conflicto. En las habitaciones del Papa jamás ha dormido mujer alguna... El protocolo.. la costumbre...

Pero no hubo remedio: la augusta loca se negaba en absoluto a marcharse, y fué preciso preparar para ella y para la condesa del Barrio dos camas en la Biblioteca...

Más tarde, unas monjitas, directoras de un asilo, fueron a invitar a S. M. para que asistiese a la inauguración del nuevo edificio. S. M. aceptó complacidísima.

Vino por ella una carroza, y acompañada de las monjas fuése del Vaticano.

La discreta diplomacia pontificia había hallado el medio suave de hacerla salir del palacio.

En la inauguración todo iba bien. Las niñas le recitaban cumplidos y le ofrecían flores: la Emperatriz sonreía.

Llegó la hora de visitar el refectorio y la cocina, y se ofreció a la Emperatriz un manjar de los preparados... Pero el cuchillo de su cubierto tenía una pequeña mancha de orín...

«Era la huella del veneno...» La Emperatriz mostró aquella mancha a la condesa... No probaría bocado...

Y vino en seguida un horrible acceso de insania; fué preciso a la fuerza sacar a la pobre loca, meterla en un coche, cuyos visillos des-

garraba retorciéndose y gritando, y llevarla a un asilo.

⊠

El epílogo de esta lamentable historia, fué, en México el fusilamiento de Maximiliano, acompañado de los generales Miramón y Mejía, y en Bélgica será la muerte de la emperatriz loca.

Maximiliano fué fusilado en Querétaro, el 19 de junio de 1867. Murió con la noble serenidad de un verdadero príncipe.

He aquí cómo nos refiere el que fué su secretario particular, don José Luis Blasio, los preliminares de la gran tragedia:

CÓMO ME DESPEDÍ DEL EMPERADOR

«Después de mi última entrevista con el emperador, el 16 de junio, día fijado para la ejecución, que debía ser a las seis de la tarde, y despedido de él cuando me dió la cartera,—en que escribió con lápiz unos renglones, los que después, por temor de que se fueran borrando con el tiempo, pasé sobre ellos tinta, y de cuya cartera y renglones se ha tomado hoy una fotografía,—llevado de nuevo a mi prisión, del convento de Teresitas, referí a mis compañeros lo pasado, y en la mayor ansiedad esperamos de un mo-

mento a otro saber si la ejecución tenía lugar; cuando uno de los oficiales que nos custodiaba, compadecido de nuestra pena, nos dijo que ésta se había aplazado para el día 19, creyendo entonces que el Gobierno de la República, concedía el indulto a los tres sentenciados a muerte; pero no fué así, y el día 19 tuvo lugar el cumplimiento de la horrible pena.

Como durante los días del 16 al 19, a pesar de mis instancias no volví a ser llevado a presencia del emperador, sólo más tarde me fueron referidos los detalles de lo pasado en esos días, por los fieles criados Grill y Tudos, y por lo referido por el doctor Basch.

Después de mi salida de la celda, el confesor del emperador, el padre Soria, vino, y mientras tanto la mesa de escritorio del emperador fué llevada al cuarto del doctor, donde éste escribió hasta las dos de la tarde.

A la una fué celebrada una misa en el cuarto de Miramón, y los tres sentenciados recibieron la Comunión. A las dos el doctor Basch llevó las cartas escritas a la firma del emperador, que las firmó, diciendo:

«Puedo asegurar que morir es más fácil de lo que me había imaginado. Estoy enteramente dispuesto.»

A las tres el emperador se despidió de Basch y de los criados, los que sollozaban al besarle

las manos. Al quitarse su anillo de casamiento, que dió a Basch, le dijo: «Os dirigiréis a Viena para hablar del sitio a mis padres, refiriéndoles mis últimos días; diréis a mi madre que he cumplido con mi deber como soldado, y que he muerto como buen cristiano.»

El oficial de guardia, que a la vez estaba nombrado para mandar el pelotón de la ejecución, pidió llorando, perdón al Emperador.

«Vos sois soldado—le dijo éste—, y es necesario cumplir vuestro deber.»

Eran ya las tres, y nadie aparecía para buscar a los sentenciados. Durante una hora entera el emperador y los dos generales esperaron en el corredor la orden que los llamara al lugar del suplicio.

Sin turbación, sereno, Maximiliano pasó este tiempo en hablar con su confesor y con sus defensores Ortega y Vázquez, expresando la alegría que le causaba la hermosura del cielo.

«Yo siempre he pensado morir en un hermoso día; al menos mi deseo está escuchado.»

Después, dirigiéndose a Basch, le dijo: «Saludad al príncipe y a la princesa de Salm, a Pittner, Schaffer, Groller y Billimlek.»

En fin, a las cuatro llegó el coronel Palacios, llevando un telegrama de San Luis, por el que se avisaba retardase la ejecución para el sábado 19.

«Es duro—dijo el emperador cuando Palacios leyó el telegrama—, porque ya había yo concluído con el mundo.»

Una luz de esperanza se levantó entre nosotros; los mismos oficiales creían firmemente que este retraso equivalía a una gracia.

El emperador quedó perfectamente indiferente a esta esperanza, diciendo:

«Sea lo que fuere, yo ya no pertenezco más a este mundo.»

Y su pensamiento y sus actos del 16 al 19 fueron en perfecta armonía con esta resignación.

El día 18, a las ocho de la noche, el emperador se metió en la cama y estuvo leyendo durante una hora la imitación de Jesucristo, que había pedido al padre Soria; después apagó la vela y se durmió, cuando alguno entró en el cuarto: era el doctor Rivadeneira, anunciando que Escobedo deseaba hablar al emperador.

El ruido lo había despertado, y volvió a encender su bujía. Escobedo se aproximó, saliendo poco después.

«Escobedo ha venido a despedirse; es lástima, dormía yo tan bien»—dijo al doctor Basch.

Después volvió a apagar su luz, y al cabo de una hora se oía su respirar tranquilo y regular, pues se había vuelto a dormir.

A las tres y media de la madrugada se despertó y llamó a los criados que dormían en un cuarto vecino; el confesor llegó en seguida y a las cinco, el emperador y los generales oyeron una misa. A las seis menos cuarto, tomó el desayuno, que consistió en café, pollo, media botella de vino y pan.

A las seis y media llegó Palacios con la escolta, y el emperador salió, colocándose en medio de ella.

Junio de 1917.

José Luis Blasco.»

⊞

En cuanto al último acto de la tragedia de Querétaro, oigamos como lo narra otro testigo presencial: el general Blanquet, quien lo refirió al periodista Angel Pola:

«Maximiliano en su prisión, estaba abatido; a menudo se paseaba. Mejía parecía triste; tal vez por estar enfermo; tenía puestos unos sinapismos. A Miramón le veía sereno, pero contrariado. Como el emperador, Mejía y Miramón se paseaban también en el recinto de sus celdas.

»Días antes de la ejecución, de orden superior, y al mando del capitán Montemayor, cinco sargentos primeros y dos segundos se ejercitaron

en el tiro al blanco, siendo el blanco un maniquí a quien suponían Maximiliano. Decíales Montemayor que apuntaran bien al pecho, especialmente al corazón, para no tocar la cara, pues que se trataba de conservarla intacta y de embalsamar el cuerpo.»

❖

Al toque de diana del 19 de junio de 1867, empezaron a desfilar las tropas hacia el Cerro de Las Campanas. Formaron dos cuadros: uno grande en contacto con el público, y otro pequeño, dentro del grande, en contacto con los ajusticiados. Como a las siete llegaron en carruajes cerrados los reos, cada uno apoyado en el brazo de un sacerdote, asiendo un crucifijo que apretaban contra su pecho, y rezando en voz muy baja. Vestían de negro y lucían una faja azul sobre el chaleco. El primero en aparecer fué Maximiliano. Su continente era majestuoso, iba sin sombrero; avanzó hasta entrar al pequeño cuadro de ejecución, donde hizo alto, y esperó. Estaba un poco pálido. Siguió Miramón, tranquilo, con su paso automático de gran soldado; se detuvo a la izquierda del Emperador: hacía alarde de firmeza y altivez. Fué el último Mejía, triste, con semblante de enfermo, como, en efecto, lo estaba; caminó pausadamente, y ocupó la de-

recha de Maximiliano. El Emperador, viéndose en medio, con exquisita manera, tomó de la mano a Miramón, y le cedió el centro, diciéndole: «éste es el lugar de los valientes». En este crítico momento, en que la sílenciosa multitud aguzaba los oídos para escuchar los disparos, rompió el cuadro un niño, vestido con elegancia, que llevaba en una charola tres vendas de tela finísima, muy blancas, arregladas por delicadas manos femeninas. Dirigióse a Maximiliano, le presentó la ofrenda, y el Emperador tomó con su diestra las vendas; pero en seguida, en alto, las estrujó y las dejó caer. El niño salió con ellas.

Maximiliano fué el primero en hablar. Con voz gutural, muy gutural y fuerte, dijo: «Voy a morir por una causa justa: la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!» Entonces Miramón, pálido y con trémula voz, dijo:

«Mexicanos: En el Consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida; aquí, pronto a perderla, y cuando voy a comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traidor que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen, y perdono a sus autores, esperando que Dios me perdone y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de

mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!»

Mejía guardó el silencio de la resignación suprema..

Maximiliano desprendióse de su lugar, se acercó a los soldados que iban a dispararle, y dió a cada uno de ellos una onza de oro, diciéndoles: «Al corazón, al corazón.» Y les indicaba persistentemente el lugar con la diestra. Vuelto a su punto, repitió: «Al corazón.»

El capitán Villalpando, que fué el que mandó la ejecución, comenzó su obra; levantó su espada a la altura de los hombros y los ejecutantes prepararon sus armas; la tendió y apuntaron; hizo un ademán de ataque, y dispararon seis de los sargentos: los tiros, de tan uniformes, simularon uno solo. Maximiliano rompió con la mano derecha el botón superior de su chaleco, que empezó a humear. Caído, movía el pie izquierdo, y exclamaba: «¡hombre, hombre!» Entonces Villalpando ordenó a Blanquet: «Ahora usted déle el tiro de gracia, pero bien dado.» Blanquet se lo dió de modo magistral.

Cuando desfilaban las tropas, unas damas enlutadas y llorosas se acercaron al cadáver del Emperador, y empaparon sus pañuelos en la sangre real derramada.

Al llegar a su cuartel los siete ejecutantes, les recogieron sus armas y les dieron otras. A los seis días, los mandó retratar el general Escobe-

do. De los ejecutantes, sobrevive únicamente Blanquet.

⊠

A esta terrible página de sangre, Luis añadirá otra, azul: la siguiente, desprendida de sus recuerdos diplomáticos, escrita en septiembre de 1910.

»Era en esa hora plácida del *aprés diner* cuando el estómago, agradecido a la excelente cocina, nos regala con un suave calor, y el perfume del café y de los habanos, mezclado al tibio olor de las espaldas desnudas y emperladas, crea una atmósfera deliciosa.

»El secretario de la Nunciatura, un monseñor joven y afable, cuya sotana morada, siguiendo a la escarlata del Nuncio, contribuía con su especialísimo matiz a la tonalidad del ambiente, había comido a mi lado, y juzgando acaso oportuno repasar algún recuerdo que tuviese relación con México, me refirió lo siguiente, en que quizá el lector halle una vieja esencia de poesía y de tragedia:

»Residí algún tiempo en Bruselas—dijo—, y en varias ocasiones hice, como tantos otros compañeros del cuerpo diplomático, excursiones a todos esos sitios deliciosos que rodean a la metrópoli belga.

»Entre ellos el Castillo que pudiéramos llamar de la Bella del Bosque Durmiente...

»Gracias a mi carácter especial, se me permitió, quizá con latitud, la visita del edificio y del parque. Este último es, por cierto, uno de los más bellos que he visto.

»Caía la tarde, serena y luminosamente.

»Yo me dejaba llevar por una blanda contemplación, por un manso divagar, hijos del sitio y de la hora, discurriendo entre los macizos y arriates, cuando de pronto vi descender la escalinata del castillo a una anciana vestida de blanco, la cual, seguida a respetuosa distancia por una dama, dirigióse al parque, pasando casi a mi lado. Tenía grandes ojos pensatívos y había en su andar no sé qué ritmo elegante, misterioso y lejano.

»Naturalmente —agregó monseñor sonriendo—, ya habrá usted adivinado que aquella dama silenciosa, aquella esbelta sombra, era la Archiduquesa Carlota, la que un día se llamó emperatriz de México, y hace treinta y seis años, absorta en hondo ensueño, habita el castillo como una princesa encantada, esperando en vano a su príncipe rubio, que no vendrá jamás.»

❖

Y para que la narración sea completa, reproducirá Luis, asimismo, la siguiente crónica pu-

blicada por *A B C*, en marzo de 1915, y procedente del Havre:

«LA EMPERATRIZ CARLOTA

»¿Qué suerte ha corrido la desdichada Emperatriz Carlota de Méjico, en estos siete meses de guerra, estando su palacio-residencia dentro de la zona de invasión alemana, y habiéndose desarrollado en las cercanías de Aremberg combates de artillería entre las tropas belgas y alemanas?

»Esta pregunta se hacían cuantas personas se interesan por la infeliz esposa de Maximiliano de Austria.

»El Gobierno belga, residente en esta ciudad, ha recibido informes interesantes, que fueron solicitados en primer término por el Rey Alberto, a quien la situación de su augusta tía preocupaba mucho.

»La Emperatriz Carlota continúa en su castillo de Aremberg, respetada, como merece su sexo y su estado de salud, por los invasores.

»Ha cumplido setenta y seis años. Hace la vida de siempre. Los ecos del fuego de cañón y de fusilería han llegado hasta ella; pero por su inconsciencia no se ha dado cuenta de lo que significaban.

»Es curioso el relato que los servidores de S. M. I. han hecho de la presencia de las tropas alemanas en Aremberg.

»Un día se presentó ante la reja de la posesión un destacamento de caballería, mandado por el capitán Schmiz.

»Extrañado éste de ver sobre la puerta una corona imperial, y en lo más alto del edificio enarbolada la bandera austriaca, preguntó al conserje, que vestía librea roja y ostentaba en el cuello de su casaca el escudo imperial de Austria:

»—¿Quién reside en este castillo, que se acoge al pabellón austriaco?

»—Su Majestad la Emperatriz de Méjico, Archiduquesa de Austria—contestó el servidor.

»—Deseo confirmarlo, y ofrecer mis respetos a la señora—añadió el capitán.

»—Imposible—repuso el portero—. La Emperatriz padece enajenación mental desde hace cincuenta años. Lo que puedo hacer es poneros en comunicación con el mayordomo mayor de Su Majestad.

»En efecto, el capitán Schmiz pasó al interior del castillo, y se puso al habla con el alto funcionario palatino, ante quien insistió en su deseo, que constituía más bien una obligación, de ver a la augusta dama.

»—Lo único que puedo hacer — contestó el mayordomo — es facilitaros el medio de que la

veais, sin que ella advierta vuestra presencia. Es una consigna que tengo que cumplir. Es además una prescripción facultativa, que hasta aquí ha sido respetada...

»El capitán y el funcionario pasaron a otra sala de la planta baja, cuyas ventanas dan sobre el parque del castillo.

»Poco después pasaba ante su vista una venerable anciana, encorvada, de blanquísimo cabello, vistiendo sencillo traje negro. Se apoyaba en el brazo de un viejo criado, y paseaba lentamente, silenciosa, inexpresiva.

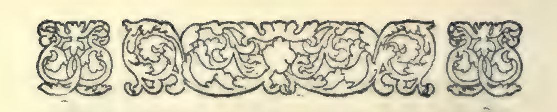
»El capitán Schmiz salió de Aremberg y se dirigió a Bruselas, donde dió cuenta a sus superiores de la visita que acababa de realizar a la residencia de la pobre loca, que vive moralmente muerta desde el día en que su marido, el Emperador Maximiliano, fué fusilado por las tropas mejicanas en Querétaro.

»El Estado Mayor alemán ha hecho fijar en la puerta principal del castillo de Aremberg un cartel que reza así:

«Residencia de S. M. la Emperatriz de Méjico, Archiduquesa Carlota de Austria y hermana política de S. M. I. el Emperador Francisco José, nuestro augusto aliado. Respétese esta posesión, y absténgase todo militar alemán de penetrar en esta morada y de llamar a sus puertas.»

Y en todo esto piensa Luis tristemente, mientras observa a hurtadillas a la Emperatriz Eugenia: más bien alta que mediana, muy blanca, sonriente, siempre sonriente, con su traje negro de elegante severidad, evocando, a través de los montones de nieve de los años, la ideal figura pintada por Winterhalter; en todo esto piensa Luis cuando, a diario, pasa frente a sus balcones esa sombra que tiene algo de las Electras y las Ifigenias...





«PASCUALILLO»

VENGA usted, venga usted en seguida!—me dijo la nena desde el balcón, abierto, por donde entraba a borbotones todo el caudal luminoso del mediodía—. ¡Qué horror! ¡qué desgracia! Un automóvil acaba de atropellar a un perro, ¿ve usted?, a ese pobre perro. Allí está, despatarrado, en medio de los rieles del tranvía... ¿oye usted sus gritos?

»Y me señalaba, entre las floridas acacias que bordan mi calle, un sitio, en el que se aglomeraban los bobos de siempre, llenos de esa compasión estéril, nula, incapaz de otra cosa que de comentarios más o menos dulzones.

»Ni siquiera había alguien que se atreviese a quitar el perro de los rieles, para que el próximo tranvía no consumara la obra iniciada por el automóvil.

»Pero la bestezuela, movida por el aguijón formidable de su instinto, y a pesar de lo derren-

gada y maltrecha, hizo un esfuerzo (iba a decir «sobrehumano») y se arrastró, dando alaridos de dolor, hasta la acera cercana, yendo a acurrucarse cerca del umbral de una puerta. Los bobos seguían rodeándola estúpidamente, sin atreverse a socorrerla.

»Algunos, más oficiosos, le palpaban el cuerpo para ver dónde estaba el mal, y no los movían a compasión sus chillidos, hasta que el animalito acabó por enseñar rabioso los dientes a quienes se aproximaban demasiado.

»La nena, nerviosa, angustiada, me dijo:

»—Baje usted y vea cómo está; vea qué puede hacer por él.

»No se atrevía a decirme todo su pensamiento.

»Todo su pensamiento era:

»—Si usted tuviese el valor de cogerlo y traerlo a casa, aquí, cuando menos, moriría en paz...

»Pero yo comprendí, y bajé, dirigiéndome al sitio donde yacía el perro, que, a cada amago de tocamiento, aullaba de miedo al dolor.

»Me acerqué al grupo, y vi que no había rastro de sangre.

»Sin duda se trataba de un terrible magullamiento. Además, parecía como si las patas estuviesen rotas.

»El animalito, lleno de barro, no era feo: pequeño, con grandes orejas; de pelo blanco y negro, en manchas muy desiguales; la cabeza,

negra, menos una línea central, blanca, que parecía la raya de un peinado. Ojos llenos de comprensión, de inteligencia.

»Me informé con el grupo de bobos, en su mayoría chicuelos del barrio, acerca de los detalles del accidente.

»Un chico me dijo:

»—Yo lo vi todo. Le pasó por encima una de las ruedas del automóvil.

»Otro:

»—Está derrengado.

»Otro:

»—Tiene «partidos» los riñones. Morirá, a lo más, dentro de una hora.

»—Y si no—añadió otro—, vendrán los perreros, se lo llevarán y lo asfixiarán.

»Por último, una mujer me dijo:

»—Venía con su ama, señora anciana, que al verlo caer bajo las ruedas del auto, fuése tapándose los ojos y dando gritos... Tenía un collar; pero un chico acaba de quitárselo.

»El perro, en tanto, me miraba. Parecía comprender el diálogo y darse cuenta de mi interés. Sus ojos, tristes, tenían un simpático brillo de aquiescencia.

»Acerqué lenta, muy lentamente mi mano y acaricié con suavidad su cabeza. No me mordió. Seguía mirándome intensamente.

»—¿Cómo podría llevármelo a casa?—pre-

gunté a los chicos—. ¿Quiere cogerlo alguno de vosotros?

»—¡Nos mordería!—replicó uno.

»—Tal vez en un saco, poniéndole con cuidado—insinué.

»Una voz, la de la mujer de marras (madre, sin duda), surgió:

»—Cójalo usted como los cogen las perras cuando son pequeños: de la piel del cogote... No le hará nada.

»Seguí el consejo, y la bestezuela se dejó hacer dócilmente, sin quejarse.

»Seguido de la turba de chicuelos, atravesé la calle, subí a mi casa. La nena, compasiva y curiosa, salió a recibirme.

»—¡Animalito!—exclamó al verlo, con inflexión de inmensa piedad. Y trajo unas mantas, que puso en un rincón.

»Lo echamos allí; despedí a los chicos, y ordené que lo dejaran en paz, limitándome a ponerle cerca un poco de leche.

»—¡Que se muera tranquilo!

✠

»Dos días pasó el perro en su rincón sin mover apenas más que la cabeza, para seguirnos con los ojos, entre curiosos y asustados, cuando pasábamos cerca de él. Respiraba con mucha fatiga.

»Al tercer día, con gran sorpresa, lo encontramos ya enderezado, casi de pie...

»Por la tarde, cojeando horriblemente, arrastrándose, pugnaba por ir y venir.

»Un día más, y con torpeza, pero con resolución, paseábase ya por toda la casa.

»Y a medida que iba curando, la gratitud, esa gratitud de la que no hay ejemplo entre los humanos; el amor, ese amor maravilloso al que nunca ha faltado la especie desde su enigmático pacto milenario con el hombre de las cavernas, iba manifestándose con más intensidad.

»La cola no descansaba. Los gritos de alegría eran continuos en cuanto nos acercábamos a él.

»—¿Qué nombre le pondremos?—preguntó la nena—. De seguro el animalito tenía el suyo... pero vaya usted a preguntárselo!

»Me quedé perplejo.

»Eso de poner un nombre es cosa muy delicada. ¡Un nombre! ¿Sabéis todo lo que es un nombre? La creación de una cosa en nuestro conocimiento, la individualización por excelencia... (la que dentro de nosotros mismos otorgamos a las representaciones que parecen venir del exterior; la única «real».)

»Felizmente, recordé una festiva costumbre de cierto amigo mío. Éste, cuando compraba algún objeto, por ejemplo un bastón, un lapicero, un cortaplumas, veía el calendario y bautizaba su

compra con el nombre del santo del día. Tenía unos gemelos de camisa que se llamaban Justo y Pastor, una pluma-fuente que hubiera respondido (escribiendo) al nombre de Escolástica; un reloj al que había nombrado Canuto... *et sic de cœteris.*

»Vi, pues, el santoral: Rezaba «San Pascual Bailón».

»Y el perro se llamó *Pascualillo...*

»Mientras escribo estas líneas está aquí, a mis pies, mirándome con una húmeda mirada de ternura. Tiene por la nena y por mí un amor que raya en la insensatez... como todos los grandes amores.

»Cuando llego a casa, por la noche, conoce la vibración especial del timbre, un poco prolongada, y aúlla de placer. Salta como si se rebotara sobre el suelo, con sus patas «chuecas» aún, pero ya seguras; me abruma a fiestas, echa a correr vertiginosamente, describiendo un círculo cada vez más amplio en torno mío, y cuesta trabajo calmar su alegría atolondrada y ruidosa.

»Durante el día está siempre cerca de nosotros. Si nos movemos, su mirada inquieta nos sigue. Sabe, con un saber escondido y profundo, que le salvamos la vida, y estoy seguro de que la daría por nosotros.

»¡Pobre *Pascualillo!* ¿Habría un amigo en el

mundo, habría una mujer que pagase así un beneficio?

»¡Ay! El amigo nos odiaría a fuerza de sentirse humillado de debernos la existencia. En cuanto a la mujer... tal vez se habría ido ya con otro.»

Julio 1915.





EL TREN QUE SE MARCHA...

I

UNO de los espectáculos más frecuentes a que asiste Luis, desde su balcón, es el de los trenes que se marchan.

Allá, abajo, está la estación del Norte. Todo el día, pues, la gran culebra de vapor que las locomotoras van dejando se mece en el aire, sobre la placidez del paisaje.

Como la distancia a que se ve el tren que asciende rumbo al Escorial es relativamente grande, en virtud del ángulo, las locomotoras, con su cortejo de carros, parecen arrastrarse penosamente.

Por la noche, en el silencio casi total, sobre todo en el invierno, el silbido de las máquinas vibra dolosamente, como un grito de alarma, como un aullido de terror.

Luis, que duerme mal, oye varias veces este grito de la sirena andariega.

Sin embargo, más que pavor, cuando lo escucha, siente nostalgia... nostalgia de París.

Dos de esos trenes, por lo menos, se marchan diariamente a París, a la ciudad bien amada, con que Luis sueña, y de la cual no sé qué destino parece alejarle.

Luis es libre, libérrimo, hasta donde puede serlo el ESCLAVO ARBITRIO.

Tiene Luis medios de subsistencia muy modestos, mucho, muy modestos; pero que le permitirían vivir donde quisiese.

Quiere ir a París, siempre ha querido ir a París... y, sin embargo, ¡no va!

¿Por qué? Por esas mil invisibles sutiles causas que se enredan a nuestra voluntad como los hilos de la araña a la mosca; por esos innumerables guijarros que van obstruyendo un camino; por esos obstáculos pequeñitos que se levantan a nuestro paso y que, en fuerza de su número, se vuelven imponentes e invencibles.

Luis, en otro tiempo, vivió años en París. Su situación económica lo obligó un día a marcharse.

Para él aquella partida fué una verdadera expatriación.

Pero toda su voluntad, como un arco, se encorvaba, y tendía hacia un fin: volver.

Entonces, escribió estos versos:

¡Oh, sí! yo tornaré, París divino!
—En qué nave?
—Dios sabe...
¡Yo no sé!
Mas sé que ni la vida ni el destino
impedirlo podrán. Es un camino
fatal el que nos une. Tornaré.

Veré tus bosques tranquilos
en que dormitan los tilos;
veré tus parques espesos,
llenos de citas y besos;
veré
¡todo, todo lo que amé!

Yo tornaré. Me aguardan los castaños
de un verde transparente; los huraños
muelles mohosos de tu grácil río.
Lejos de ti mis años no son años:
son nostalgia y pasión y angustia y frío...

Veré tus brumas livianas,
que te arropan como en tules,
en tus divinas mañanas
aezuls.

Veré tus abriles breves
llenos de aromas y broches,

y el armiño de tus nieves
y la plata de tus noches.
Veré
¡todo, todo lo que amé!

¡Oh!, sí yo tornaré... Mas, si no alcanza
mi alma esta dulce aspiración suprema,
¿qué haré? ¡Clavar, sañudo, mi esperanza
en el ancla divina, que es su emblema! (1).

La profecía se cumplió.

Luis volvió a París, tres años después... pero de paso. El destino lo empujaba lejos de la ciudad novia.

Año por año, Luis iba a darle un beso, un beso furtivo, y se decía:

«Cuando yo sea libre, volveré y me quedaré!»

Y *fué libre*, y no volvió, y aún no vuelve...

¿Volverá? ¿A qué volverá en suma?... ¿Para qué volverá? Luis tiene ya cuarenta y cinco años y una vida interior tan honda, que dondequiera está bien.

⊠

Sin embargo, ese tren que se marcha dos o tres veces al día; esa víbora blanca que se retuerce en el aire; ese silbido que parece queja, producen en Luis una nostalgia misteriosa y profunda.

---

(1) V. *Obras completas*, vol. IV, págs. 221-222.



SEGUNDA PARTE

MIRANDO AL CIELO





LA DIARIA TRANSFIGURACIÓN

Luis ha leído que los poetas le llaman a esto tragedia: la diaria tragedia, como si dijéramos.

Un poeta amigo escribió un poema, en que la noche — Otelo — asesina a la rubia tarde —Desdémona—. Muy bello el poema, pero no convence, porque después, al amanecer, un Otelo rubio, la Aurora, estrangula a una Desdémona morena: la noche... Donde las dan las toman.

Luis llamará, pues, a los crepúsculos vespertinos, la *diaria transfiguración.*

En la gran Plaza de Armas del Real Palacio ultrasimpática, porque todas las tardes serenas juegan allí los niños pobres; a un paso de los

reyes que entran y salen, hay un mirador que se abre en la galería del poniente formando varios espaciosos arcos, y que se llama por antonomasia el balcón de Palacio.

Naturalmente, este balcón es muy superior al de Luis.

Luis, sin embargo, prefiere el suyo. Parécele que así el espectáculo vespertino es para él sólo... o, cuando menos, que él lo ve *desde su palco*. ¡Triste vanidad humana, o triste vanidad de Luis!

Por lo demás, sorpréndese él de que espectáculo tan prodigioso no merezca otra mirada que la suya, la de tal o cual paseante distraído, y la de las niñeras bobaliconas que charlan con los novios, mientras aquella conflagración de luces, aquel conflicto de colores, aquella crisis cromática indescriptible, se desarrolla como una epopeya de otros mundos.

¡Ay! un día los trusts yanquis o alemanes acapararán—vais a verlo—todos los crepúsculos y todas las noches de luna... y entonces muchos snobs pagarán el espectáculo, naturalmente en las funciones de moda.

También lo pagarán los pocos novios románticos que queden. ¡Ah! muy pocos. (Luis ha oído a innumerables novios de Madrid hablar de política.)

Y querrán pagarlo, es lógico, los tres o cuatro

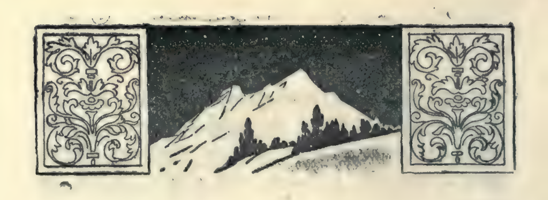
poetas líricos que queden en el mundo por no haber tenido el valor de suicidarse aún... Pero éstos, como es de esperarse, no tendrán dinero para la entrada, y habrá que darles billete de favor.

⊞

Claro que a la divina tarde no le importa que no la vean. Ella se enciende, se colora, se tiñe, se matiza, en la soledad augusta del poniente, pensando acaso que basta la mirada de un hombre artista para compensarla de su derroche maravilloso; que en suma, todo hombre es el centro del Universo, y sus ojos los ojos, con que la Naturaleza se contempla a sí misma.

Y así sucede que a diario, la «religiosa» la «unciosa», la «pensativa» tarde (¡tantos nombres que le han dado los poetas bautizando así sus propios estados de alma!) va abriendo sus joyeros, va extendiendo por la atmósfera tibia sus oros, sus argentos, sus jades, sus lapizlázulis, sus ópalos, sus topacios.

La magnificencia de los funerales del dios supera a todo lo soñado, y cuando la noche surge como una reina de Saba de aquella transfiguración, el contemplador embelesado dice a Aquel «que encendió el lucero»: ¡Señor, ahora si puedes llevarte en paz a tu siervo, porque mis ojos se han saciado de tus maravillas!



ELOGIO DE LA NOCHE

VIENEN a la memoria de Luis dos sonoros versos de las mocedades del notable poeta Chocano, versos de una improvisación, que dicen:

> Brindo por el Rey Sol, porque la noche
> es Satanás que cruza por el cielo.

Pobre y divina noche calumniada. ¡Satanás ella, la eterna empolladora de astros!

Los poetas no han sabido, no hemos sabido, en lo general, comprender la noche: cuando más, la hemos comparado a los ojos negros de las amadas.

Y no sólo no la hemos sabido comprender, sino que algunos la han injuriado. Citaremos a su más reciente y notorio enemigo: Rostand, quien en aquel famoso *Chantecler* canta un himno al sol e insulta a la noche.

¡Como si el sol fuera otra cosa que una de las más modestas estrellas de la Vía Láctea!

El día no significa sino la aproximación a una estrella. Lo tienen los millones de millones de mundos que gravitan alrededor de esos gigantes que se llaman Canopo (quicio del universo), Sirio, Vega, Rigel, Arturo, Alfa del Centauro, Capella, Aldebarán, Antarés, Altair, y es un día más extraordinario que el nuestro. Lo tienen los planetas a quienes los soles duplos, triples y cuádruplos calientan e iluminan con maravillosas combinaciones de colores... Lo tienen, en fin, todos los cuerpos obscuros que se aproximan a un astro cualquiera.

El día no es más que una relatividad. No es más que un deslumbramiento que ciega nuestros ojos, haciéndoles incapaces de percibir las infinitas tenuidades del Supremo Enigma que nos rodea.

¡La noche es todo!

Sin ella el hombre no sabría nada, no pensaría nada, no descubriría nada.

La noche es nuestra madre, nuestra heredad y nuestra esperanza.

El *Chantecler*, de Rostand es, pues, un pobre miope.

Cierto que, como dice con suave ironía Carlos Nordmann, no se puede exigir a un simple gallináceo que sea filósofo.

«Conviene — añade este eminente astrónomo —al lado del brillo del día, adorar también el moreno encanto de la noche.

»Y no intento hablar aquí de su embeleso novelesco, sino únicamente de los progresos que le debemos en el Saber.

»La media noche no es sólo la hora de los crímenes, ni de los complots, seguramente deplorables, fraguados por los pícaros buhos contra los gallos; es también la hora de los vastos vuelos hacia los mundos lejanos.

»Durante el día no se ve más que el sol: la noche nos muestra millones de soles. Y si el deslumbrador telón que la luz solar extiende entre el cielo y nosotros está tejido de rayos resplandecientes, no por eso deja de ser telón, porque nos vuelve semejantes a las falenas, a quienes una luz demasiado viva impide ver más lejos que la punta de sus alas...

»Cosa admirable: esas perspectivas que nos abren el espacio, no las debemos sino a la «obscura claridad que desciende de las estrellas; es decir, a una ligera vibración del éter».

»Atlas llevaba el mundo sobre sus hombros. Nosotros le tenemos ahora, todo entero, suspendido del hilo impalpable y dorado que se llama un rayo de luz.»

¡Y ese hilo de oro nos lo da la noche!

No la maldigamos, pues, oh poetas hermanos

míos, oh hombres de pensamiento y de ensueño: amémosla, por el contrario, con un amor exclusivo y sagrado; cantémosla místicamente como el divino Novalis.

En su regazo sin límites, nos dormiremos hombres para despertarnos ángeles.

Gracias a su sombra, cómplice de grandezas, veremos los signos de inteligencia que las estrellas hacen a nuestras almas.





LA ESFINGE ROJA

I

Como un maravilloso topacio, Marte luce en la diafanidad de un cielo de invierno de esos esencialmente madrileños (cuando cuajan).

Luis ha estado esperando pacientemente a que el enigmático planeta salga asaz temprano para poder contemplarlo antes de la media noche en el Poniente, que es adonde mira—como recordará el paciente lector—su balcón; y verlo a una altura tal que no sufra la imagen las aberraciones propias de todo objeto telescópico que se acerca a las brumas del ocaso.

Claro que con el pequeño anteojo de Luis, Marte presenta un disco mínimo. Parece un pe-

queñísimo sol rojizo y tembloroso. Pero Luis ha ejercitado sus ojos, y una vista diestra ve muchas cosas: por ejemplo, el casquete polar, casi microscópico, de una blancura deslumbrante.

Sin embargo, quienes ven a Marte sin la paciencia y perseverancia de Luis, aun a traves de los grandes telescopios, sufren profundo desencanto.

—¡Cómo!—piensan—¿y eso es todo? ¡A eso se reduce la famosa, la ponderada contemplación del más enigmático de los mundos de nuestro sistema solar!... ¡Un disquito amarillento en el que se adivinan algunas manchas, hoy por cierto más pálidas que nunca! ¡Qué mentírosos son los periódicos y los libros!

La decepción parece a primera vista justificada. Los mapas e imágenes de Marte, difundidos hasta la saciedad por los libros de vulgarización científica, por las revistas y periódicos, nos muestran al planeta con un casquete de hielo en el polo visible, con mares interiores de una entonación obscura, con lagos casi circulares como el Solis Lacus, y entre unos y otros, la geométrica, la prodigiosa red de canales que Schiaparelli descubrió en 1877, y que Mr. Lowell, del Observatorio de Flagstaff, Arizona, ha acertado a fotografiar, dando así un mentís a quienes pretendían que eran simples ilusiones de óptica, o bien puntos sucesivos que el ojo del observa-

dor unía por medio de una operación maquinal, como se verá en el capítulo siguiente, cuando hablemos de los detractores de la teoría de los canales.

Naturalmente, el observador bisoño, al asomarse por primera vez a un telescopio, piensa que va a ver toda esa misteriosa urdimbre de manchas y de líneas; y cuando sólo advierte un disquito anaranjado en que el casquete del polo sur se recorta apenas, y la sombra de la Gran Sirte sólo se presiente, retírase desconsolado y lleno de disgusto.

—Todo eso que cuentan de Marte—se dice—no es más que fantasía de poetas.

¡Ah, mis buenos amigos—piensa Luis—, no me diréis que he leído mal cuando he leído estas palabras en vuestros ojos!

Claro que sólo osaréis pronunciarlas en la intimidad del hogar; pero ¡quién duda que las pronunciáis!

Luis recuerda a este propósito algo personal: la primera vez que su curiosidad se asomó a la lente de un ocular para ver el sol, advirtió, en el metal deslumbrante de su disco, un punto negro. Parecía un lunar en un espejo.

Era una mancha.

—¡Una mancha!—pensó Luis—: a eso se re-

ducía una mancha... Él las había visto dibujadas en los libros de Astronomía, con emocionante lujo de detalles: eran abismos de colores, de las formas más terribles y fantásticas, sobre las cuales danzaban indescriptibles puentes de llamas.

¡Cómo había anhelado Luis contemplar tales maravillas en la faz divina del astro!

Y ahora estaba allí tras la lente del aparato, y eso era todo lo que veía: un punto negro, y rodeándolo, algo parecido a patas de mosca en una superficie radiante...

Se fué desengañado y melancólico.

Después, poseyó un anteojo, una «luneta», y se dió a contemplar el sol; y a medida que se iba familiarizando con esta contemplación, las manchas revelaban más detalles, inaudita cantidad de detalles; y un día las vió por fin tal cual las dibujan los astrónomos,—un abate Moreux, por ejemplo,—y puede asegurar que difícilmente basta una hora a un buen dibujante para reproducir los principales aspectos del más simple de estos fenómenos, y la inimaginable diversidad de sus suaves coloraciones.

✠

Los mapas de Marte están hechos, por de contado, gracias a la suma de enorme cantidad de observaciones, verificadas en muchísimos

observatorios por innumerables astrónomos, durante varios años.

¿Cómo sería posible cuando no hay dos instantes en que la atmósfera sea idéntica en claridad, en humedad, en quietud, etc., ver en un telescopio, la primera vez que uno se asoma a él, todas las particularidades de la superficie del planeta?

Marte es uno de los objetos telescópicos más difíciles de observar. De aquí que, antes de cada oposición (por ejemplo, de esta de 1916) los astrónomos se preparen a sorprender los cambios que vienen notándose en su superficie, con todo un programa, que, ahora, es el propio profesor William H. Pickering quien ha redactado y dirigido a todos los centros técnicos del mundo.

Para que los profanos adviertan siquiera la nieve de los polos, se requieren aumentos de doscientos diámetros, en noches claras, y una atención sostenida. Para ver el mar Adriaticum, que finge gran ala de murciélago, requiérense, en condiciones normales, aumentos de trescientos diámetros. Para notar los grandes canales, como el Euphrates, el Etiops, el Ganges, etc., bastan apenas aumentos de 456 diámetros. Para darse, en fin, cuenta de esos cruzamientos y entreveramientos de líneas que constituyen el sistema general de canales y que son tan finas como los más finos retículos, se necesitan aumentos

de 600, de 800 y hasta de 1.000 diámetros, y esto suponiendo que poseemos un gran ecuatorial, en el que tales aumentos no perjudiquen a la claridad de la imagen, que la definición sea buena, que no haya corrientes de aire demasiado intensas y que el vapor de agua no sea excesivo en la atmósfera.

¿Cómo sería, pues, posible que al primer vistazo advirtiéramos todas las maravillas de la Areografía o (Grafía de Ares) que es el nombre griego del planeta?

Los astros eternos no nos revelan sino muy lentamente sus secretos luminosos y lejanos.

La tierra, dadas las condiciones de su atmósfera, es un pésimo observatorio astronómico. Balcón que da al infinito le hemos llamado; pero es un balcón cerrado por espesas vidrieras, que a cada instante se empañan, se enturbian, tiemblan: las vidrieras de nuestra atmósfera.

La luna sí que sería un observatorio ideal, perfecto, maravilloso; pero los pobres astrónomos de la tierra se asfixiarían probablemente en aquella superficie, ya ardiente como un metal puesto al rojo, ya espantosamente fría como el espacio; y donde, si hay atmósfera, es de una tenuidad indecible, en aquella superficie ultrajada y atormentada por seculares conflagraciones de fuerzas.

Tenemos que contentarnos, pues, con nuestro

terrestre observatorio, con las raras escapatorias al infininito que nos concede el móvil cortinaje de las nubes.

Así como en guerra y en amor es lo primero el dinero, el dinero y el dinero, así para ser astrónomo, o siquiera aficionado, lo primero es la paciencia, la paciencia y la paciencia.

II

La existencia de los canales de Marte ha sido puesta en tela de juicio desde 1877 por muchos sabios, y ha encontrado en otros muchos entusiastas y perseverantes defensores.

Uno de los que más recientemente han negado su realidad, es el director del Observatorio Fabra, de Barcelona, don José Comas Sola, astrónomo estudioso, según el cual las grandes extensiones grises que se advierten en la superficie de Marte y que son «fajas más o menos anchas y generalmente difusas, aunque algunas ofrecen claramente el aspecto de lagos alineados, están constituídas, en parte cuando menos, por lagos u oasis (regiones estas últimas en que la vegetación es más lozana o la coloración de la misma es más obscura).» Los canales «SERÍAN EN REALIDAD CUENCAS HIDROGRÁFICAS, EN CU-

YAS VERTIENTES SE DESARROLLARÍA LA VEGETACIÓN. La dificultad de la visión de estos detalles da un aspecto geomético que en realidad no tienen».

En concepto de otros astrónomos, todo ese reticulado canaleiforme no sería—según la expresión del señor Martín Gil, sabio argentino—, «más que el aspecto de sus costras secas, partidas, resquebrajadas; las grietas o patas de gallo de los planetas muertos o moribundos»...

En cambio un eminente americano, el profesor Percival Lowell,—«el padre de Marte», como lo llaman los yanquis,—que dispone de uno de los más formidables telescopios que existen en el mundo, afirma, y ha afirmado siempre, la existencia de los canales. He aquí lo que en carta de reciente fecha, dirigida a Camilo Flammarion, dice este sabio: «El nuevo telescopio de un metro de abertura del observatorio Lowell, que está ya completamente equipado para la observación visual, *muestra los canales como finas líneas exactamente geométricas*, corroborando así las observaciones hechas con instrumentos menos poderosos. Ello contradice la opinión errónea, según la cual los grandes reflectores no muestran estos aspectos tan singulares y característicos de Marte.» *(L'Astronomie*, marzo, 1914.)

Percival Lowell lleva ya numerados más de 450 canales, y ha logrado fotografiar los mayo-

res varias veces. Las fotografías se han publicado en numerosas revistas astronómicas, entre ellas en la *Popular Astronomy*, de Estados Unidos; en *L'Astronomie*, órgano de la Sociedad astronómica de Francia, y creo que en una revista alemana.

Los soñadores, los que piensan que en el planeta amarillo que radía tan vivamente en el misterio de las noches hay seres mucho más inteligentes que nosotros, tienen, pues, un gran padrino para seguirlo creyendo. Este padrino es Percival Lowell, quien afirma que existe en Marte el más vasto sistema de irrigación imaginable, para utilizar las aguas provenientes de los deshielos polares, y llevar por toda la superficie sedienta de un mundo de evolución muy avanzada—en que ya no hay océanos, sino simples mediterráneos—la frescura y la vida.

Por lo demás, no sólo se han fotografiado los canales por el sistema ordinario, sino que se ha empleado el método dicho de *filtros selectores,* el cual confirma plenamente las afirmaciones de Lowell. El señor Tikhoff, miembro de la Sociedad Astronómica de Francia y astrónomo ilustre, procedió por ministerio de estos filtros selectores, y, hablando de los resultados obtenidos, dice entre otras cosas: «La comparación de las fotografías tomadas a través del filtro rojo y del filtro verde, hace ver una gran diferencia en la

distribución de los colores en la superficie de Marte. Sobre las fotografías rojas, los continentes (Hellas, Elyseum, Ausonia, Eridanda, etc.), se presentan como sitios más brillantes y sobrepasan con mucho en intensidad luminosa al casquete polar austral. Al contrario, en las fotografías verdes es el casquete polar el sitio más luminoso del disco. En cuanto a los mares, son muy obscuros en las fotografías rojas, y grises en las verdes. Además, el estudio de las pruebas fotográficas originales muestra que es en las pruebas del rojo anaranjado, y sobre todo del rojo simple, donde se ven mejor los principales canales, como Xantus, Scamander, Simois, Tartarus, Cerberus, etc. *En consecuencia, el color de los canales es semejante al de los mares.*»

Y añade para concluir: «Los más notables entre estos canales, son Xantus, Scamander, Simois y Tartarus, que aparecen visibles *como líneas continuas y regulares, y no están de ningún modo compuestos de puntos separados.*»

La anchura de estos canales es de doscientos kilómetros poco más o menos.

⊞

Pero, volviendo al ilustre astrónomo señor Comas Sola, diré que, si no admite la existencia de los canales, sí afirma en cambio enérgicamente la habitalidad de ese misterioso planeta, como

la ha firmado siempre el gran Flammarion (autor de un precioso libro sobre Marte, nutrido de datos), quien dice: «La hipótesis de que Marte está actualmente habitado por una raza intelectual muy superior a la nuestra, se afirma gradualmente, de año en año, a medida que las observaciones astronómicas se vuelven más precisas.» *(«Flammarion: Les Autres mondes sont-ils habités?»)*

Por su parte, el señor Comas Sola nos dice: «En Marte la existencia de la vida es altamente probable, y hasta podemos añadir que *es casi seguro que la vemos.*» Ahora bien, admitida la existencia de seres vivos en el planeta rojo, ¿es posible comunicarnos con ellos?

—«¿Qué duda tiene?—responde el astrónomo barcelonés—. Si la telegrafía sin hilos sobre la tierra está todavía restringida a distancias relativamente pequeñas, dentro de cierto tiempo podrá ser la acción de dicha telegrafía prácticamente ilimitada, siéndolo quizá ya para los aparatos marcianos, que estarían dispuestos muy diferentemente que los nuestros; a menos que los habitantes de Marte hubiesen abandonado definitivamente las ondas hertzianas e hiciesen uso de otras radiaciones o emisiones quizás desconocidas para nosotros y muchísimo más cómodas para el objeto que se persigue.

«Pero si no dispusiéramos de ondas eléctri-

cas, siempre podríamos emplear las luminosas, y cabría la posibilidad de establecer un cambio de señales ópticas; dibujar, por ejemplo, figuras geométricas, cuyos vértices estuvieran formados por focos luminosos de gran intensidad, supuestos perceptibles telescópicamente desde Marte.

«Esta idea, que no recuerdo quien propuso la primera vez—concluye el señor Comas Sola—es indudablemente la más factible, y no sería ningún disparate el ensayarla. Sólo hay la dificultad de que vemos casi todo el disco de Marte iluminado por el sol, lo que nos haría poco fácil advertir la contestación de los marcianos.»

Además de la dificultad que expresa el Director del observatorio Fabra, hay otra «práctica». Los sistemas de señales luminosas son caros. ¿Saben ustedes cuánto costaría, por ejemplo, el de espejos pregonado por el profesor Pickering? Pues nada menos que *dos millones de libras*, según cálculos que se hicieron oportunamente.

Este sistema, mucho más viable (porque merced a él se podría conversar con las humanidades planetarias), fué ideado en el año de 1869 por Charles Cros, y Flammarion lo reproduce extensamente en el apéndice de su libro *Excursions dans le ciel*. Pickering lo ha modernizado, es verdad, conforme a los elementos ópticos novísimos. Trátase de una serie de espejos que ocuparían una área de un cuarto de milla y

que, reflejando la luz solar, la enviarían al espacio en haz de potencia formidable. Estos espejos estarían unidos a un gran eje paralelo al eje de la tierra, y serían movidos por motores poderosísimos, regulados por aparatos de relojería (como los ecuatoriales), merced a los cuales efectuarían una revolución completa en veinticuatro horas. El profesor Pickering piensa que la luz reflejada por dichos espejos sería fácilmente distinguida por los marcianos, siempre que ellos empleasen telescopios. Propuso que se empezara por una serie de resplandores, seguida, después de un instante, de otra serie; y así sucesivamente, con intervalos iguales a los del código de telegrafía óptica. Esto atraería la atención de los marcianos, que quizás contestaran con una señal análoga.

La teoría así expuesta es muy sencilla, pero, como se dice arriba, el costo del procedimiento se calculó que ascendería a cincuenta millones de francos... Bueno está el mundo para gastarse eso en hacer señales a unos señores hipotéticos de un planeta vecino, cuando con la misma cantidad cualquier potencia puede fabricarse un *superdreadnaught,* que en una hora convierta en escombros un puerto y siegue algunos miles de vidas, o una escuadrilla de submarinos que eche a pique muchos buques indefensos!

Otro sistema para comunicar con Marte fué

ideado por David Dodd, el famoso profesor norteamericano de Astronomía, y consiste en el empleo de la telegrafía sin hilos. Convencido—porque los yanquis no dudan de nada—de que los marcianos hace mucho tiempo que intentan enviarnos mensajes, propuso una ascensión en globo hasta una altura atmosférica tal, que el enrarecimiento del aire anulase las influencias terrestres, a fin de no turbar las ondas hertzianas, que, *sin duda*, irradian de otros planetas.

«Los aeronautas—añadía—nos meteríamos en una jaula de aluminio, con aparatos para expeler el gas ácido carbónico y substituirlo con oxígeno y aíre comprimido, a fin de no sufrir el mal de montaña. Ascenderíamos lo más alto que pudiéramos y permaneceríamos a esa altura máxima el mayor tiempo posible. Con nuestros aparatos de telegrafía sin hilos, intentaríamos, no enviar, sino recibir mensajes de Marte.»

⊞

Pero ¿es cierto que Marte nos envía desde hace siglos estos mensajes?

«La casualidad—dice Charles Cros, ya citado—me ha puesto a la vista algunos hechos extraños; quisiera verlos reunidos; quisiera que se investigase si es cierto o no que se producen. Diversos observadores, Herschel, Schroeter, Harding, Messier y otros, han visto puntos bri-

llantes en los discos de Mercurio, de Marte y creo que también de Venus. Las explicaciones que suponen que se trata de volcanes o de fenómenos de reflexión mal definida de los rayos solares son poco satisfactorias; todos convienen en ello. Que se mire atentamente; quizá se verán de nuevo esos puntos y se les observará mejor. Se necesita una idea preconcebida para ver, y hasta aquí nadie la ha tenido.» *(Moyen de communication avec les planètes.* Libro de Flammarion, ya citado. Apéndice.)

Por su parte, el señor Coultre, distinguido astrónomo de Ginebra, durante setenta días de observaciones hechas en la penúltima oposición del planeta (la de 1813) (1), notó una serie de apariciones luminosas, de un blanco azulado, como si dimanasen de la luz de poderosas lámparas eléctricas. Tal iluminación, que duraba algunos segundos, pudo observarse en muchas noches. No fué ésta, por lo demás, la vez primera que dichos fulgores se vieron. Aparte de los hechos citados por Cross, que remontan a épocas relativamente lejanas, en los últimos seis o

(1) La última ha sido en 1916, pero en malas condiciones, pues Marte sólo se ha aproximado a la tierra unos 111 millones de kilómetros, habiendo algunas en que se aproxima a la mitad: a 55 millones. La oposición más favorable será la de 1924, en agosto, sobre el Acuario.

siete años se han observado, por diferentes sabios y en diferentes períodos, puntos luminosos. Se ha buscado inútilmente una explicación, y se ha acabado por atribuirlos a efectos de luz atmosféricos, o erupciones volcánicas. Pero el señor Coultre cree firmemente que se deben a intentos metódicos para entrar en comunicación con nuestro planeta.

El escritor Aubrey Wilmer refiere de otro incidente significativo, de cuya autenticidad claro es que yo no respondo, limitándome a traducir del inglés el breve relato:

«En Bringhampton, Nueva York, el profesor Jeremías Mac Donald volvía a su casa temprano, una mañana del año de 1897, cuando un fulgor vivo hirió sus ojos, y un objeto cayó a tierra cerca del sitio donde se hallaba. Más tarde pudo extraerlo del suelo, y advirtió que era una masa de metal blanquizco, que había sido fundido por el calor. Todavía estaba caliente, y cuando se enfrió lo bastante para poder romperlo, se encontró dentro una pieza, también metálica, en la que había ciertas señales curiosas, que «muy bien pudieran ser caracteres escritos». Era indudablemente un aerolito; pero el profesor Whitney, que después lo examinó, declaró que tenía una forma diferente de todos los que había visto antes, y el profesor Mc. Donald es de los que creen que este misterioso visitante

significaba un intento de comunicación de otro mundo.»

Recuerda uno, naturalmente, al leer lo anterior, la admirable novela de Wells, *The War of the worlds*, que es de una fantasía (sobre base científica) prodigiosa.

⊠

Pero ¿y qué resultados prácticos nos traería una comunicación con Marte?—se preguntarán ustedes.

Inmensos—puede responderse—si, como afirman muchos astrónomos, el planeta rojo, salido antes que la tierra de la nebulosa primitiva, y enfriado mucho más rápidamente que nuestro mundo (1) a causa de su relativa pequeñez, es anterior a éste quizá en millones de años. La evolución de los marcianos habrá alcanzado dentro de tal supuesto alturas maravillosas, y la constante comunicación con ellos nos haría dar un salto tal en la escala del progreso, que nuestros problemas científicos más arduos resultarías juegos de niños. No más desigualdades sociales, no más incertidumbres religiosas, no más

(1) Hay sabios que le suponen una temperatura media de — 28° (28° *bajo* cero), en el Ecuador. Otros, como Arrhenius le dan — 17° durante el día, y — 23° por la noche; pero no hay que hacer caso ninguno de estos señores; la discrepancia misma de estas cifras prueba su formidable falibilidad.

faenas ímprobas para arrancar a la naturaleza sus tesoros, para posesionarnos de sus fuerzas y utilizarlas en nuestro beneficio; no más enfermedades... ¡acaso no más vejez! (La vejez es sólo una enfermedad, según Metchnikoff.)

Si el hombre en unos cuantos siglos ha alcanzado magnificencias y excelsitudes mentales estupendas, imaginemos a lo que habrán podido llegar inteligencias en acción que se ejercitan desde hace millones de años...

Si una hora de conversación con un hombre instruído y elocuente, que sabe desmigajar sus ideas, equivale a la lectura de muchos libros, pensemos en lo que significaría para los adelantos de la especie la comunicación metódica, continua, con espíritus infinitamente más altruístas, más serenos, más sabios, que en el transcurso de milenarios se han adentrado sin cesar en el misterio del universo?

Supongamos únicamente que los marcianos fuesen capaces de enseñarnos tres cosas:

1.ª La utilización barata de la energía intraatómica, o cuando menos de las mareas y del calor solar.

2.ª La vacuna inmunizadora de todo género de dolencias; y

3.ª En el orden filosófico, la comprobación científica de la supervivencia del alma.

Vosotros, los escépticos, diréis, quizá, que tales hallazgos, en una humanidad no preparada aún para digerirlos, traerían más inconvenientes que ventajas. Objetaréis acaso que, aun resueltos estos tres problemas, la humanidad no sería feliz. Agregaréis, en fin, que no es sensato esperar nada de los mundos lejanos; que todo debemos más bien aguardarlo de nosotros mismos. Tal vez... Pero ¿quién detiene los ímpetus del alma contemplativa del filósofo, del artista, del poeta, que en la augusta y diáfana quietud de la noche pide a los remotos orbes todo aquello que ha ido buscando vanamente por la tierra?

¡Soñemos, alma, soñemos!

Siempre habrá tiempo de volver a lo que tres o cuatro pedantes llaman con énfasis «verdades comprobadas», y que son acaso las ilusiones por excelencia de la vida, los fantasmas entre los cuales se mueve lentamente nuestro Yo como un sonámbulo atormentado.



MÁS ALLÁ DE NEPTUNO

¡AY! el anteojo astronómico de Luis, que, como se ha dicho, apenas si ve a Marte, adivina a Neptuno.

¡Neptuno es un disquito azulado... pequeñito, pequeñito, lejano, lejano!

Sin embargo, más allá de él,—fijáos bien, más allá de él,—dilatando hasta el vértigo los límites de nuestro sistema solar, que es un sistemilla mediocre, cualquier cosa entre los universos, hay otro planeta, vasallo de nuestro luminar. Este planeta ha sido descubierto por el ojo de la Ciencia, o parece haber sido descubierto. Digamos siempre parece, como Santo Tomás de Aquino decía siempre: *Videtur*...

No se trata, por cierto, de uno de esos innumerables asteroides que, como enjambre de abejas siderales, giran entre Marte y Júpiter, sino de

un gran planeta, que ha venido a extender desmesuradamente las fronteras del sistema solar, de un mundo ultraneptuniano, que gravita alrededor del sol a una distancia fantástica.

Para darse cuenta de esta distancia, bastaría recordar que Mercurio gira a 58 millones de kilómetros del sol; Venus, a 107; nuestra Tierra, a 149; Marte, a 227; Júpiter, a 775; Saturno, a 1.421; Urano, a 2.858; y Neptuno, a 4.478 millones de kilómetros.

Ya para Neptuno el astro rey que nos calienta y vivifica es sólo una hermosísima estrella, reina misteriosa de su noche.

El calor y la luz que del sol recibe el distante planeta, son novecientas veces menores que los que recibimos nosotros.

Vive, pues, este mundo, sumido en perpetuo crepúsculo. Jamás ha conocido el día. ¿Pero qué es el día, en suma? Nosotros llamamos día a la aproximación a una estrella. Nos movemos tan cerca de esa estrella, que su luz nos llueve a raudales. La intensidad de sus fulgores nos ciega. Estamos deslumbrados. Nuestro ojo ha debido adaptarse al esplendor diurno, alternado con tinieblas nocturnas, y ni percibe más que ciertas vibraciones medias, ni se da cuenta más que de ciertos colores.

Pero los habitantes de otros planetas, a medida que se alejan del sol, van poseyendo fine-

zas de sentido sorprendentes. Los de Urano y sus satélites, que viven entre penumbras suaves; los de Neptuno, en rededor de los cuales no hay casi más que noche, ven mejor que nosotros. Su vista es por fuerza delicadísima, y aprecia vibraciones, tenuidades, matices que jamás herirán la retina del hombre.

Pues imagináos ahora lo que será ese planeta ultraneptuniano.

¡Para él no hay sino perenne noche estrellada!

¡No sabe siquiera que existe nuestro sol!

Si, para Neptuno, el astro que nos alumbra es una estrella espléndida, para el planeta ultraneptuniano se vuelve un astro de segunda o tercera magnitud, un granito de oro entre los diamantes de las constelaciones remotas.

¿Cómo darse cuenta de que aquel punto de luz los tiene asidos con el brazo invisible de la atracción, de que a él obedecen y con él marchan por las infinidades del cielo?

¿Cómo pensar que es el centro de su sistema, que pertenecen a un grupo de mundos entre los cuales nos contamos nosotros, los pobrecitos habitantes de este átomo oscuro que se llama tierra, y que nos hemos declarado reyes de la creación y centro del Universo?

Nuestro planeta surgió de la nebulosa solar, ardió, se enfrió y solidificó... sin que ellos se die-

sen cuenta, y un día morirá helado y eriazo, sin que ellos se enteren tampoco!

Y, sin embargo, somos hermanos, nacimos del mismo núcleo, giramos alrededor del mismo sol, la materia de que estamos formados es idéntica acaso; idénticos tal vez nuestros destinos. ¡Y no nos conoceremos nunca!

A pesar de la distancia enorme a que se mueve ese planeta, que sólo el ojo paciente de la fotografía podrá ver, de él a alguna de las estrellas más cercanas,—al *Alfa del Centauro*, por ejemplo,—hay un abismo tal, que los que separan a nuestra tierra del sol nada son con él comparados; un abismo tal, que da vértigo; que nos hace comprender nuestro formidable aislamiento en el espacio, sometidos a la influencia de este sol que se desploma con todos sus mundos en el abismo, hacia la constelación de la Lira.

Pero ¡qué importa! Ni la luz viaja como el ave misteriosa del pensamiento, encerrada ahora en la jaula del cráneo, pero capaz, no obstante, de franquear todos los vórtices y de salvar el caos.

Aunque jamás la humanidad contemple al nuevo planeta, él ha venido ya a saludarnos, imprimiendo su punto áureo en el bromuro de plata; acaso la existencia de nuestra misérrima tierra le ha sido revelada también por la ciencia, hace muchos años; tal vez hace muchos siglos...



EL COMETA

I

Esa noche, a tal hora, tantos minutos, tantos segundos, la tierra debía pasar a través de la cola del gran cometa de Halley, aparecido ya en 1456, 1607, 1759 y 1835.

El sorprendente fenómeno (¡qué pobre es este adjetivo para tamaño suceso!) debía acaecer después de la una.

La tierra, según el símil de Flammarion, pasaría a través de las infinitas y tenues partículas de la cauda cometaria, como una bala de cañón a través de un enjambre de moscas.

La tenuidad de estas caudas es tal, que a través de ellas se ven aun los más pequeños astros, y Herschell afirmó, con humorismo perfec-

tamente inglés (a pesar de ser él hanoveriano), que un cometa que en el éter ocupa una extensión de millones de kilómetros podía, condensado ya, colgarse de cualquier percha...

Tal tenuidad se explica porque los gases que forman las colas se dilatan al aproximarse al sol, según su esencial propiedad; y esta dilatación efectúase en un medio imponderable, como es el éter, que no le pone coto, siendo, por tanto, indefinida. De allí las colas enormes, fantásticas, irreales casi, casi ingrávidas, en comparación de las cuales el más leve celaje o la más ligera pluma que boga por el aire resultan groseros y pesados.

✠

Luis, con temblor de espíritu indescriptible, puso la manecilla de su despertador en la una, y se acostó temprano, con ánimo de ya no dormir después, hasta que el fenómeno terminase.

... ¿Qué pasaría?

Recordaba aquel hermoso cuento de Wells, *In the days of the comet*, en el cual acontece lo que en realidad y no en la imaginación de un poeta iba a acontecer esa noche del 18 de mayo, a saber: que un gran cometa choca con la tierra, y en vez de envenenar su atmósfera con gases mefíticos, deja en ella un nuevo gas, verde, un gas generoso, sedante, nutritivo, tónico, vital

por excelencia, que convierte el mundo en un paraíso, haciendo a la humanidad, de la noche a la mañana, ecuánime, saludable, buena, justa, sin necesidad de códigos, de jueces, de filósofos ni de moralistas!

No más guerras, no más desigualdades sociales, no más prejuicios, no más odioso culto del yo...

¡El cometa se lleva al egoísmo prendido en su cola! Amor, amor sólo queda: amor rey, el amor con que soñó el Nazareno; el amor que, como en piedra preciosa, encerró en un precepto: ESTE ES EL MANDAMIENTO QUE OS DOY: QUE OS AMÉIS LOS UNOS A LOS OTROS...

⊠

Jamás en su vida ha sentido Luis la emoción que le embargó esa noche al despertarse sobresaltado por el repique del despertador.

Era la una.

La gran tragedia cósmica iba a comenzar en breve: una tragedia de que no había memoria; quizás definitiva para esta pobre bola opaca, que pasea a su loca humanidad por los abismos inconmensurables...

La noche era casi fría; el cielo estaba encapotado y torvo.

Ni una estrella.

Parecía como si la naturaleza aguardase la catástrofe.

Muchos trasnochadores pasaban bajo los balcones de Luis.

Algunos bromeaban—con voces algo inseguras—sobre el cometa, haciendo chistes de actualidad, más o menos burdos.

Otros cantaban.

Un ciego se había arreglado unas coplas *ad hoc* con acompañamiento de guitarra.

A Luis le hacían daño aquellas cosas: hubiera deseado intensamente estar solo en su balcón. Solo en frente del prodigio, mirándolo cara a cara, todo estremecido y tembloroso... Solo ante el abismo, solo ante Dios.

⊠

... ¿Qué pasaría?

Luis repasaba su vida, ya de ocho lustros, su vida relativamente larga, buscando en todos los resquicios de la memoria algún hecho sorprendente por él presenciado... y no lo encontraba.

¡Qué avara había sido con él la suerte, de esas sensaciones capitales de asombro, de pasmo!

Recordaba unos versos escritos en su adolescencia, y que sintetizaban su anhelo de cosas maravillosas:

Pelear como Jacob,
cantar como Anacreonte,

narrar como Jenofonte,
lamentarse como Job,
embelesar como Armida,
navegar como Jonás:
¡eso es vida!... Lo demás
es limosna de la vida» (1).

¡Ah! Él sólo había recibido LO DEMÁS, la limosna, las migajas.

Espiritualista ansioso, nunca se había encontrado con lo sobrenatural. En vano había abierto los ojos en la sombra. Viajero febril, todo lo visto hallólo inferior a lo pensado.

El arte mismo, con ser alimento de su alma, no acertó nunca a producirle el éxtasis que él iba pidiéndole.

La naturaleza (por ser la de su país, con la que estaba familiarizado desde niño, tan majestuosa) era difícil que pudiera asombrarle, ni aun en Suiza. Acaso la impresión mayor que le produjo fué la de una gran nevada en París.

En cuanto a la mujer... ¿No es verdad que con el último velo cae la última ilusión? ¿No es el amor una arquitectura de pórticos preciosos... y de sórdido interior?

Nada, nada asombroso en toda su vida: ni en las más suntuosas cortes donde hormiguea la

(1) *Obras Comptetas:* vol. I, p. 43. Verso núm. 3: «narrar» por «reir».

vanidad humana cubierta de galones, ni en los más ásperos desiertos.

Sus asombros dormían vírgenes en el fondo de su alma, y pronto podría acaso exclamar, como Marcelina Desbordes Valmore: *Tous mes étonnements sont finis sur la terre!*

⊠

Pero no: aquello que iba Luis a presenciar la noche del 18 al 19 de mayo sería superior a diez Niágaras helados, a diez Popocatepetls superpuestos, a diez auroras boreales invadiendo la atmósfera...

La tierra, nuestro planeta, nuestra morada milenaria, con su humanidad pensante, con esa joya de la idea, iba a correr una aventura formidable, la más grave quizá desde que salió de la nebulosa primaria; desde que Dios «la envolvió en nubes como se envuelve a un niño en sus pañales», y dijo al mar: «¡De aquí no pasarás, y aquí estrellarás el orgullo de tus olas!»

Y Luis, hombre privilegiado entre tantas y tantas generaciones de las cuales no queda ni el polvo, entre tantos y tantos investigadores que quisieron escrutar los arcanos del infinito, iba a presenciar aquel espectáculo sublime.

Si moría, su muerte sería más envidiable que la de Plinio el viejo, frente al Vesubio, anotando los fenómenos.

Si vivía, tal vez presenciaría una nueva era cósmica.

Dentro de algunas horas, la tierra seguiría bogando por el espacio con el cadáver de su humanidad asfixiada, o acaso con esa humanidad regenerada ya como en la historia de Wells; o bien se encendería toda, volviendo a ser un sol, un ascua viva, como en el principio, a consecuencia del choque espantoso, que habría trasmutado el movimiento en calor...

⌘

... Amanece.

Una luz desabrida, «displicente», invade la atmósfera... Van surgiendo las masas de los edificios y de las montañas lejanas.

El palacio real recorta su mole geométrica en la claridad invasora.

Allá en la distancia, el Escorial, dorado de frente por los primeros rayos solares, se adivina impreciso y azulado.

La ciudad despierta, CON SUS MIL RUIDOS...

¡No ha pasado nada!

Los sabios nos dirán después que la tierra atravesó por una bifurcación de la cauda cometaria, escapando así como por una rendija salvadora...

¡Todo está lo mismo! ¡Todo seguirá lo mismo!

La trivialidad de la vida real irá eslabonando los sucesos comunes.

El milagro no se ha efectuado...

La humanidad podrá seguir comprando, vendiendo, disputándose la posesión de la tierra, esgrimiendo sus egoísmos afilados, y ostentando sus abominables miserias.

....

Acuéstate, poeta: tus ojos están enrojecidos de velar. ¡Pídele al Sueño panoramas interiores más inesperados que estos diarios panoramas de tu vida!





EXHALACIONES

Luis ha experimentado siempre una gran sensación de misterio viendo caer las estrellas fugaces.

En un libro, ya viejo, ha dicho:

Mi mente es un espejo rebelde a toda huella,
mi anhelo es una pluma funámbula, donaire
del viento; el aerolito que cae, ésa es mi estrella;
mis goces y mis penas son trazos en el aire (1).

Sentiríase casi tentado de exclamar, como la dama misteriosa del tren expreso de Campoamor, al ver una exhalación:

Ved un alma que pasa...

¡Si no supiese que la mayor parte de las almas son obscuras... muy obscuras!

---

(1) Véase *Obras completas*, vol. IV, pág. 11.

Recuerda Luis asimismo un soneto suyo, que incurrirá en la indiscreción de copiar, a fin de que en estas páginas, acaso insípidas, se vean a veces renglones cortos que intenten amenizarlas.

El soneto dice así (1):

Cayó la tarde, y el tenaz anhelo
que noche a noche la extensión explora,
busca en vano la estrella donde mora
su misterioso espíritu gemelo.
Como un ave de luz herida al vuelo,
que al caer bate el ala tembladora,
una blanca fotófuga desflora
la comba lapizlázuli del cielo.
¿Es lágrima de un dios ese astro errante?
¿Es Ella, que dejó su edén distante
para buscarme en la existencia ingrata?
Tú lo sabes, oh luna dulce y fría,
que trazas, dividiendo noche y día
tu divino paréntesis de plata.

⊞

No es raro, pues, que los días 9, 10 y 11 de agosto especialmente, en que la tierra encuentra el enjambre más denso de las Perseidas (llamadas así porque su RADIANTE se halla hacia la estrella de Perseo), Luis se quede en el balcón hasta muy avanzada la noche, viendo pasar, con

(1) Véase *Obras completas,* VII, pág. 95, verso 4.º: «mi luminoso».

esa majestad, con ese encanto supremo, con esa gracia indecible de un vuelo de luminosa ave del paraíso, las exhalaciones, planetas minúsculos que, al entrar en la atmósfera terrestre, se inflaman por el frotamiento y se desparraman como enjambre de oro, dejando muchas veces un leve y tembloroso y fugitivo rastro fosforescente.

¡Oh! y cuántas cosas sugieren esas peregrinas del infinito.

Muchas, casi todas se volatilizan en la atmósfera y caen después en imperceptible polvillo cósmico. Pero algunas llegan aún a tierra bastante voluminosas, a traernos quizá un mensaje de los mundos lejanos.

Luis recuerda los meteoritos de Chupaderos, caídos en un rincón de la República Mexicana, y que se exhiben (o exhibían) en el vestíbulo del admirable palacio de Minas de la ciudad de México.

Y recuerda también, con cierta ternura por tratarse de un viejo amigo, las siguientes páginas, relativas a un aerolito que le es familiar, y que se intitulan *Dos extranjeros:*

«Yendo en Biarritz hacia el Rocher de la Vierge, antes de pasar por el puente, en un recodo, a la derecha, hay una piedra verdinegra con bellos pavonados, de forma piramidal, que difiere extrañamiente de las piedras y rocas que la ro-

dean, las cuales son de un color amarillento.

»Se advierte en seguida que fué colocada allí, y que no tiene parentesco ninguno con las aglomeraciones calcáreas, con las masas de sodio que erizan por dondequiera sus dientes.

»Es un intruso caído del cielo, un aerolito, que desde tiempos lejanos se yergue inmóvil y silencioso como esfinge.

»Yo lo conozco desde el año de 1905, en que fuí por primera vez a Biarritz, y somos buenos amigos. Me detengo por las tardes, sobre todo cuando amenaza la tormenta, junto a él; me siento a su lado; acaricio una de sus superficies, ligeramente convexa, estriada por las lluvias de bandas más o menos obscuras, y donde los líquenes no han osado prender, como si supieran instintivamente que aquella piedra no es de las suyas.

»Mudos los dos, en la majestad del paisaje, soñamos.

»Ambos somos extranjeros. El aerolito vino de las negras reconditeces de la noche. Yo también.

»Las gentes y las rocas no nos hacen caso: no somos de este planeta. Un derrumbamiento súbito, desde las excelsitudes estrelladas, nos hizo anclar en los barrizales de la tierra.»

«Hay dos teorías sobre los aerolitos: dicen unos que son masas arrojadas en épocas geológicas inmemoriales, por nuestros volcanes, proyectadas por el ígneo cíclope interior que trabaja en las entrañas del globo con una fuerza inmensa, y que ahora tornan, después de indefinidas trayectorias, al mundo de donde salieron.

»Dicen otros que proceden del descoyuntamiento de algún planeta, como los quinientos y tantos asteroides hasta hoy descubiertos.

»De todas suertes, han viajado por el infinito, segregados de nuestra tierra, durante cientos de miles de años.

»Saben las rutas de los astros; han brillado en el éter como lunas diminutas, doradas por el sol. Quizá en su superficie vivieron seres maravillosos, extinguidos al incendiarse el aerolito merced a su formidable rozamiento con las capas atmosféricas.

»Éste que contemplo tiene algunas cristalizaciones de cuarzo, como una sonrisa en la mole verdinegra de su hierro.

»Pláceme creer que procede de otro mundo, que sabe secretos de humanidades distantes, que vió el florecer de especies hoy extinguidas, en el eterno morir y recomenzar de las cosas...»

⊞

«Silenciosamente, erguidos los dos, impasibles

ante el azote del huracán, ante el choque de las olas rabiosas que, entre las fauces de las rocas, se vuelven espuma colérica, NOSOTROS PENSAMOS:

»Pensamos en los mundos distantes, en las vidas que se eslabonan, en el enigma de las almas, en la tristeza de los cuerpos, en lo insondable de los mañanas.

»Allá, lejos, en la GRANDE PLAGE, hormiguea la multitud trivial de veraneantes; suenan las orquestas de los cafés; desfila la imbecilidad humana, vestida de blanco, sin ver el mar...

»Aquí todo es estruendo de olas, soledad y silencio de espíritus.

»El aerolito y yo seguimos pensando... Acaso mi alma, antes de la prisión de la carne, cuando con otras en el espacio formaba enjambres de oro, vió pasar girando vertiginosamente esta piedra, ahora tan quieta y tan callada.

»Acaso se posó en ella un momento como mariposa de luz; quizá hizo con ella un viaje en que no fué raro atravesar fosforescentes caudas de cometas... ¿Qué tragedia nos clavó en la tierra, oh aerolito?

»¿Por qué caímos de tan alto?

»¿Cuándo acabará nuestra expiación, y tú, desmigajado, pulverizado, volverás a la altura, y yo, libre de mi prisión de carne, seré un pensamiento intenso y una voluntad indestructible en el regazo de lo absoluto?

»Mientras, oh piedra verdinegra, tú inmóvil y yo peregrinando, tendremos siempre el aspecto de dos extranjeros, y ni acertaremos nunca a harmonizar con los paisajes ni a contentar a los hombres.

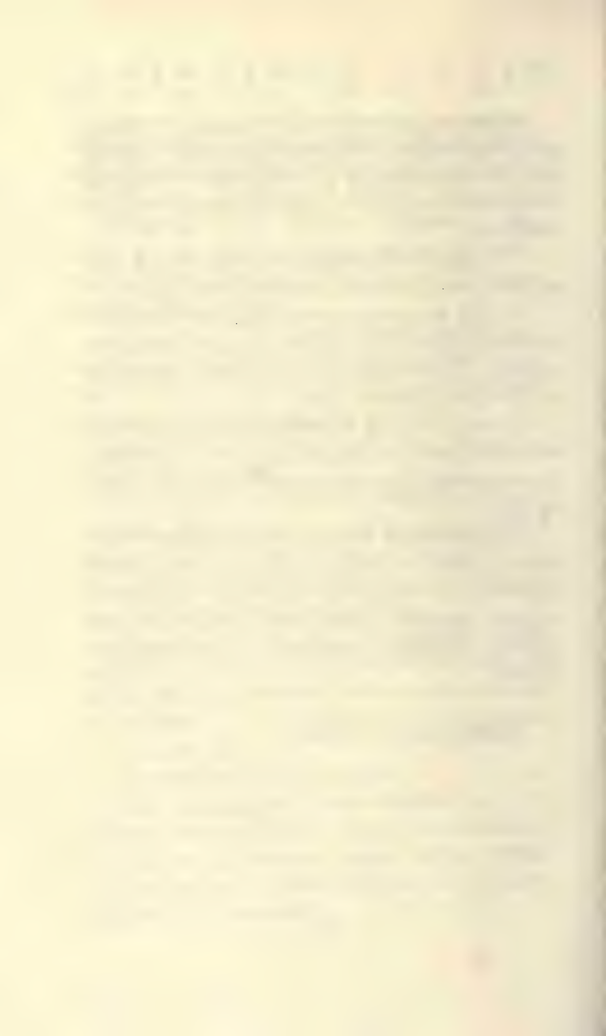
»Tu KARMA, sin embargo, es más hosco que el mío, porque yo soy más deleznable que tú.

»Un día de éstos he de extinguirme «como un ruido que cesa», y tú siglos y siglos continuarás erguido, contemplando la diamantina eternidad de la noche, que fué tuya.

»No más mi cara amarillenta contrastará con el azulado matiz de tus aristas... y tal vez ninguna otra mano piadosa habrá de acariciarte como la mía.

»Contentaríame que tú, como obelisco mortuorio, sobre mi tumba siguieras señalando el infinito...; pero no, mejor estás allí, enigmático, extraño, solitario, desdeñoso de los huracanes y de las tormentas, pensando, sí, pensando en Dios!»

Biarritz, Agosto 4 de 1913.



TERCERA PARTE

Entre el cielo y la tierra...





LA GOTA DE AGUA QUE NO QUERIA PERDER SU «INDIVIDUALIDAD»

Por la noche, en el verano, a partir de las doce, pueden regarse los tiestos.

Se supone que a las doce—y se supone mal—nadie pasará ya bajo los balcones enmacetados de Madrid; pero si pasa y exabrupto un riego helado cae sobre su cabeza, ni tiene derecho a quejarse, ni vale la pena, porque el agua, aun así, es bienvenida, en pleno agosto.

Las flores «por su parte» es indecible lo que gozan con ese riego nocturno, cuya frescura se perpetúa, sobre todo en los balcones de Luis, que miran al poniente, hasta bien entrada la mañana.

El otro día, a las doce, sobre el pétalo aterciopelado de una rosa, como sobre la tela de un

estuche, radiaba aún una gruesa gota de agua. Había pasado allí buena parte de la noche, fresca por excepción, dejándose penetrar por la luna.

Un viento suave la balanceaba en su hamaca olorosa de seda.

Pero avanzaba la mañana. El dios trasponía ya el meridiano, y una de las saetas de oro del arquero divino hirió en pleno corazón a la gota, trocándola en chispa maravillosa.

Luis, que de antaño comprende el lenguaje del agua, como el Sultán Mahmoud comprendía el de los pájaros, oyó quejarse a la gota, la cual decía entre suaves quejumbres:

—Tengo miedo, ¡ay! tengo miedo. Siento que empiezo a evaporarme... ¡Oh sol, no me beses, por Dios! Tus besos hacen un espantoso daño. Me penetran toda, me abrasan, me disgregan... Yo no quiero deshacerme, no quiero volatilizarme... ¡No quiero perder mi individualidad!... ¿Entiendes, oh sol? No quiero perder mi individualidad.»

«Yo reflejo a mi modo la naturaleza. Soy un pequeño ojo cristalino, muy abierto, que la ve, que la admira, desde este nido de terciopelo, desde esta cuna suave y bienoliente. Llevo ya muchas horas divinas de vida harmoniosa. Durante buena parte de la noche he reflejado la luna. He sido, ya una perla, ya un zafiro místi-

co, ya una turquesa celeste. Después, la bóveda se ha pintado de un amarillo suave, y yo me he vuelto topacio. A poco el cielo se tiñó de rosa y he sido rubí. Ahora soy diamante. Y cuando las hojas del rosal se miran en mi espejo para contemplar su traje nuevo, recién cortado en punta, me convierto en esmeralda.

»Ne me beses, ¡oh sol! No sabes besar: haces mucho daño. No eres como la luna. Ella sí que sabía besar blandamente: al fin, mujer. Tú te pareces a un hombre sanguíneo, tosco y premioso.

»¡Ay!, siento que me deshago, que me desvanezco, que me pierdo...

»Sí, bien sé que me desvaneceré en la azul transparencia del aire; que temblaré en esa como red de cristal del ambiente; que a través de mí se verán los paisajes, se contemplarán las estrellas...

»Sí, comprendo que eso de la transparencia absoluta es una cosa muy buena; que ser parte de la atmósfera húmeda es cosa muy conveniente; que flotar, volar, es cosa muy apetecible. Comprendo también que un poco de frío puede condensar mi humedad, y entonces ser yo parte mínima de una nube, de ésas que he visto pasar por la mañana, y que parecen cuentos y milagros... Todo eso, sin duda, es bueno. Pero yo dejaría de ser gota, de ser esta gotita diáfa-

na y temblona que soy; esta gotita acurrucada en el pétalo de una rosa, y no quiero perder mi individualidad!

»¡Ay! ¡Ay!, qué daño me haces..., ¡oh sol! Ya no me beses, ya no me be... ses. Yo soy u... na gotita... de agua..., una lu...mi...no...sa go...tita de agua... sobre una rosa... sobre una ro...»

Estas fueron las últimas palabras de la gotita trémula que brillaba sobre el pétalo de una rosa, en el balcón de Luis.

El sol, brutal y sordo como la muerte, había hecho su obra.





EL BRAZO DE CONCEPCION

J'ai peur d'un baiser
comme d'une abeille...

VERLAINE.

SOY cosa tan pequeñita,
que, con su brazo desnudo,
mi vecina Concepción,
me incita...

Ella sonríe: saludo...
¡y me alejo del balcón,
lleno de susto y de cuita,
ante aquella tentación
maldita!

—¡Y por qué!—dirás—. ¿No es bella?
—Es bella y rubia, en verdad,

y yo libre y libre ella;
¡mas guardo fidelidad
a la que está en otra estrella!

... Y además, estoy enfermo,
y mi alma es un arenal
tan desolado, tan yermo,
que allí no prende un rosal.

¡Nada amo,
nada quiero,
nada busco, nada espero
ni reclamo!

... Pero
soy cosa tan pequeñita,
que, en cuanto sale al balcón
mi vecina Concepción,
lleno de susto y de cuita,
huyo de la tentación
maldita!

(Copiado del libro *Serenidad,* que anda por ahí) (1).

---

(1) *Obras Completas*, vol. XI, páginas 112-113. Verso núm. 6: «¡Y me escapo...»



GOLONDRINAS Y GORRIONES

Los brotes de los árboles y las golondrinas que hacen sus nidos en las cornisas y aleros de las caballerizas de Palacio, anuncian a Luis el próximo reventar esplendoroso de la primavera, la inminencia del anual milagro, la resurrección de la juventud del Tiempo, ese Fausto perenne que se renueva con tan eficaz taumaturgia.

Y los gorriones, los humildes gorriones—«la plebe del aire», que dijo Buffon—le anuncian el invierno.

Cuando las golondrinas se van, los gorriones vienen.

Luis, que ha visto durante los bellos meses revolotear frente a sus balcones, con ese incansable y ruidoso atolondramiento de colegialas, a las golondrinas, al verlas partir, contemplando su elegante y ahorquillada cola, se imagina una

desbandada de liras, como si toda la poesía del mundo se escapara con ellas!

En tanto, los gorriones egoístas vienen a piar a sus balcones. Ellos saben por qué lo hacen: saben que Luis, cuando ya no hay más gusanos, cuando mueren los insectos de oro y carmín que los nutrían, ha de darles a diario migas de pan... Por eso vienen.

Comen y se escapan, realizando la frase de aquel rey escéptico que por divertir sus ocios los alimentaba, y que decía sentenciosamente: «Estos gorriones se parecen a mis cortesanos: una vez que han comido, se van.»

⊞

La golondrina tiene para Luis un misterioso encanto. Ama él su salvaje espíritu de independencia y su maravillosa aptitud para el vuelo.

La golondrina, fuera de las horas que le roban el sueño, la maternidad y la arquitectura, vuela, vuela, vuela siempre!

Es misteriosa para Luis, porque le sugiere cosas del Egipto, del Egipto enigmático y pensativo, donde la golondrina estuvo consagrada a Isis, la deidad arcana por excelencia.

Desde niño, Luis sabía que las golondrinas en el invierno «se iban a Africa»; y su ama, que estaba enterada de esto por ascendencia espa-

ñola, le contó que atravesaban los mares llevando en el pico una ramita, merced a la cual, cuando se cansaban, podían posarse sobre las olas.

Luis leyó además, en un bello libro de historia natural, que, en cierta ocasión, se vió a una golondrina viajando en el lomo de una cigüeña.

El pensativo pajarraco, viendo su cansancio, la había acogido entre sus alas poderosas, y como las dos hacían el mismo viaje, la llevaba consigo.

En algunas regiones de México, las golondrinas tienen el pecho asalmonado, y las alas de un profundo azul pavón.

Cierta tarde de mayo, en la calurosa y lujuriante ciudad de Cuautla, del Estado de Morelos, en una azotea, Luis oyó de pronto un gran ruido como el crujir de una inmensa tela de seda, y vió que instantáneamente se nublaba el sol.

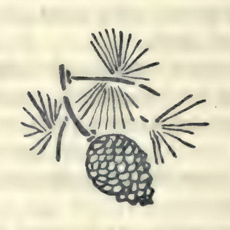
A su lado estaba una hermosa joven rubia, que, sorprendida por el fenómeno, dió un grito, alzó los ojos... y se quedó embelesada.

Una inmensa bandada de golondrinas pasaba entre ellos y el sol.

La mujer rubia no olvidó jamás aquella encantadora sorpresa «de los trópicos», como no olvidó nunca la vez primera que, como una joya trémula en el aire, vió a un colibrí.

⊠

Luis piensa en estas cosas, sobre todo cuando las golondrinas se van como un enjambre de liras, y vuelven los plebeyos gorriones, semejantes a una irrupción de horteras en una asamblea de poetas.





LA NAVE (1)

ADÓNDE fuiste, Amor, adónde fuiste!
Se extinguió del poniente el manso fuego
y tú, que me decías: «hasta luego;
volveré por la noche», ¡no volviste!

¿En qué zarzas tu pie divino heriste?
¿Qué muro cruel ensordeció mi ruego?
¿Qué nieve supo congelar tu apego
y a tu memoria hurtar mi imagen triste?

... Amor, ¡ya no vendrás! En vano, ansioso,
en mi balcón atalayando vive
el campo verde y el confín brumoso;

y me finge un celaje fugitivo,
blanca nave en que, al Puerto del Reposo,
va tu dulce fantasma pensativo...

Septiembre 4-915.

(1) V. *Obras Completas*, vol. XII, páginas 228-229: *El Celaje,* con variantes. Adviértase la fecha de esta poesía, que no pudimos fijar al establecer el texto de *La Amada Inmóvil.*—(N. del E.)



EL BALCON INTERIOR

El Alma está asomada a su balcón.

Pasa un filósofo y le dice: «Ven conmigo; vamos al Dolor. El Dolor está hecho para pulirnos. Después ha de venir el reposo. Luego el Dolor de otra vida. Cada vida pondrá una faceta más en el diamante interno... Y así ascenderás por la escala, por la escala infinita...»

El Alma le escucha en silencio. El filósofo pasa.

Un segundo filósofo se acerca. Es radioso y noble. Le dice: «Dios lucha con una necesidad eterna y ciega; de allí el mal. Pero en esta lucha el espíritu divino obtiene triunfos parciales; de allí el bien. Triunfará al fin totalmente, y el Universo realizará entonces la perfección absoluta.»

El Alma no responde. El filósofo pasa.

Viene otro: «Tú—murmura—eras bella, po-

derosa y feliz en el Reino de Dios. Pero caíste por orgullo. Ahora expías. Dios te perdonará cuando pase la sombra de este Universo, amasado para tu penitencia...»

«Tú, más bien—rectifica otro filósoio—naciste ya castigada. ¿Por qué? Porque otros pecaron por ti, allá en un paraíso lejano, donde un hombre y una mujer quisieron *saber*, probando el fruto de la ciencia prohibida. Te redimirá, no obstante, la sangre de un justo que murió hace dos mil años. Después irás a un paraíso donde angélicas liras adormecerán tu eterno éxtasis.»

El Alma calla; sonríe. El filósofo se va pensativo.

Y pasa otro, y otro.

Este dice: «La vida es un experimento; es un medio de conocer, y es, asimismo, fuerza, poder... Sé fuerte; vence siempre; esa es la moral...»

Estotro dice: «La vida no es más que una representación de la Voluntad. La Voluntad es lo único que existe *per se*. Tú no eres sino voluntad, vuelta visible.»

Dice aquél: «No preguntes nada a tu inteligencia, porque es posterior a la Vida. Pregúntalo todo a tu instinto: él está en el secreto...»

Afirma el de más allá: «La vida es la acción,

sólo la acción. Tú misma estás fabricando a cada instante el Universo.»

Y viene, por último, atezado, cenceño, grave, un místico de Benarés, que cuchichea: «¡La vida es ilusión... «Maya» «Maya» Tú eres integralmente Dios, como yo, como todos. La personalidad es una ilusión: «Maya» Maya!»

El Alma, indolente, deja pasar a éste como a los anteriores.

Sigue asomada a la ventana; cae la tarde; se ensombrece el paisaje. A lo lejos no se ve ya venir la blanca túnica de ningún filósofo... El Alma cierra el balcón, y se vuelve tristemente al camarín con su *porqué...*





EL HÁLITO DEL DOLOR

Y sucedió—me contaba Luis—que una noche, una de esas maravillosas noches estivales de España, a fuerza de mirar y remirar los astros desde mi balcón y meter mi alma entre ellos, como si dijéramos, tuve un pequeño éxtasis (se le permitirá a mi modesta persona eso de tener un éxtasis, un pequeño éxtasis... *un tout petit extase?)*

«Y soñé—o aconteció—(vaya usted a saberlo), que un ángel, amigo mío, porque suelo tener amistades aladas, vino a verme, invisible para los demás; y, movido de mi poderosa sed de vuelo, de mi invencible curiosidad estelar, me ofreció el brazo, que yo me apresuré a aceptar, y se lanzó conmigo al vacío, como acontece o debe acontecer en algunos poemas.

Yo, estupefacto al principio, con vértigo de la

altura, que poco a poco fué desapareciendo, quedé encantado después: como que el espectáculo que fué ofreciéndose a nuestra vista no era para menos.

Veíamos el ángel y yo girar la tierra a nuestros pies, y nos divertía sobremanera la alternativa de luz y de sombra a que la rotación iba sometiendo a las diversas zonas.

Las naciones, hormigueantes de hombres atareados en fruslerías ridículas u ocupados en destruirse y aniquilarse, iban con gradación suavísima, debida a la atmósfera, recibiendo el diario baño misericordioso y tibio del sol.

En torno de nosotros chispeaban millares de estrellas.

Arriba, abajo, delante, detrás, adondequiera que volviese yo la mirada, el lejano esplendor de los astros me salía al paso.

Las nebulosas, con la incomparable tenuidad de su fulgor pálido, servían como de fondo al espectáculo supremo y como tela dorada al estuche de pedrería estelar.

Al volver mis ojos a nuestro planeta, del que nos hallábamos tan cerca, pude advertir que algo indescriptible se desprendía, lenta, pero continuamente de su orbe.

Era como un vapor sutil, como un humillo delicado y leve, como una imponderable nébula, como una bruma vaga, como un hálito ape-

nas perceptible, que el planeta fuese dejando en el espacio, a medida que efectuaba su traslación en torno del sol.

Y aquella bruma, aquella niebla ingrávida, al exhalarse de la tierra, al atravesar su atmósfera, era opaca; mas, en cuanto salía al espacio, se volvía luminosa, con una luminosidad fosforescente y nacarada, de belleza indecible.

Los diversos jirones de la casi inmaterial emanación, en cuanto se desprendían de las capas atmosféricas, iban aproximándose los unos a los otros, y soldábanse al fin en el espacio, formando una gasa trémula que parecía hecha de la sustancia misma del ensueño *(such stuff as dreams are made on...)*

Esta gasa, con ondulación graciosa, de un ritmo lleno de majestad, se alejaba, se alejaba en el infinito, sin dejar de soldarse a las nuevas emanaciones del planeta, de modo que parecía como gigantesco chal en que hubiera estado envuelto el mundo, y del que ahora fuese desenvolviéndose en fuerza de su rotación.

El remate de la cauda se perdía en el éter, como el apéndice de un cometa que no tuviese límites; como lucífero huso de oro, enrarecido, casi inconsistente, de una extraña luz zodiacal; como escala mística, tendida entre la tierra y un punto del infinito.

Maravillado permanecí en contemplación, no

sé cuánto tiempo, y al fin pregunté al ángel la naturaleza y origen de lo que veía.

—Es el hálito del dolor humano—me contestó sencillamente—. Ya lo ves, se exhala perenne de todas las almas; surge opaco, espeso... luego va sutilizándose; tórnase luminoso, asciende, asciende...

—¿Hasta dónde?

—Hasta el núcleo mismo del Universo.

—¿Y para qué?

... Por la cara del ángel pasó cierta expresión de misterio.

—Es una substancia prodigiosa—respondió—de la que Dios se sirve para cosas muy grandes... Él la condensa y la plasma para fines arcanos y eternos.

No me atreví a preguntar más, y el ángel y yo nos alejamos silenciosamente.



LA MANO Y LA LUZ

Si en todo el curso de este pequeño libro Luis se ha asomado al balcón, ya para ver la tierra, ya para ver el cielo, ha habido, sin embargo, ocasiones,—muchas,—en que desde abajo, desde la calle, ha alzado los ojos para ver sus balcones.

¿Sabéis porqué? Pues porque desde uno de ellos, el que está lleno de macetas, una mujer agitaba todos los días la mano—la más linda, la más blanca, la más afilada mano que queráis imaginar—para hacer a Luis un signo de adiós, o, mejor dicho, de «¡hasta luego!»

Cuando el invierno desvestía los árboles, (como ahora que Luis traza estas líneas) los hermosos árboles que bordan la calle, merced a la ausencia de la estival cortina de hojas, él podía ver desde más lejos el amistoso signo de aquella mano blanca.

El signo aquél seguíale hasta doblar la esquina, o hasta la plataforma del tranvía.

Por la noche, Luis, al volver a casa, alzaba los ojos para ver otro balcón, del cual no se ha hablado sino incidentalmente en las primeras páginas de este libro: el tercero de la habitación, que pertenece a un saloncito contiguo al despacho, a la izquierda de éste.

Generalmente ese balcón estaba iluminado. La luz alegre que enrojecía los cristales, decíale a Luis: «Ella ha llegado ya... Lee o hace labor junto a la mesita de nogal con soportes de hierro y torneadas patas oblícuas... ¡Está esperándote!»

Y Luis subía las escaleras con paso más ágil, más animoso, a fin de llegar antes a la salita iluminada, donde poco después leería también, al lado de ella, un hermoso libro...

⊠

Pero un día, la mujer rubia que se asomaba al balcón a hacer a Luis un signo de despedida con la mano larga y blanca, aquella mujer que le esperaba leyendo cerca de la mesita de nogal, enfermó y tuvo que encamarse.

Veintiún días después, una tarde de enero, muy desapacible, se la llevaban a un lejano cementerio... a un lejano cementerio que Luis adivina desde sus balcones, y que distinguiría muy

bien de no estorbárselo los edificios que se alzan al sur.

Desde entonces, ¿lo creeréis? Luis miró, al llegar a casa y al salir, con más insistencia hacia el balcón.

Bien sabía él que aquella mano larga ya no podía hacerle signo ninguno. Bien sabía que (después de la noche en que el balcón de la izquierda estuvo más iluminado que de costumbre por la luz de unos cirios temblorosa), ya nunca más mostraría aquel fulgor rojizo, aquellos vivos rectángulos de la vidriera, en cuyo centro parecía que unas letras misteriosas y cordiales decían: «¡aquí estoy y te espero!»

Bien sabía esto Luis; y, sin embargo, un ímpetu incontenible hacíale alzar la cabeza, al salir de casa y al volver.

Pero pasaron los meses y los años, y Luis acabó por no levantar más los ojos, como si su alma niña, ingenua, enamorada del milagro, se hubiese convencido por fin de la inutilidad de su fantástica esperanza.

FIN



APÉNDICE

Entre los documentos que Amado Nervo tuvo a la vista al escribir el capítulo de este libro titulado PASA UNA EMPERATRIZ, *está la siguiente página, que publicamos por tratarse de una traducción hecha por él mismo. Apareció en* El Imparcial, *de México (31 de marzo o 1.° de abril de 1914).*

⊠

LA «EMPERATRIZ» CARLOTA

UNA INTERESANTE PAGINA DE NUESTRA HISTORIA

EL conde Fleury y M. Luis Sonolet acaban de publicar el tercer tomo de su obra *La Sociedad del Segundo Imperio*. En él hay algunas páginas relativas a la locura de la Emperatriz Carlota, de tal manera sugerentes, que no resisto a la tentación de traducirlas. Dicen así:

«La fuerza que funda los imperios no tiene el

poder de hacerlos durar. La ocupación francesa estaba a punto de terminar. Una vez embarcados para Europa nuestros soldados, ¿qué iba a hacerse? ¿Qué sucedería? Esta pregunta angustiaba a la Emperatriz Carlota. Además, el infortunado Imperio Mexicano era presa del déficit. ¿De quién obtener hombres y dinero? Se imponía un nombre: el del Emperador de los franceses. Pero ¿no era locura esperar en México los dictámenes de su Gobierno? Maximiliano, débil, enfermo, no tomaba ninguna resolución. Carlota se decidió, con esa energía viril de que había dado ya más de una prueba. ¿A qué tantos plenipotenciarios, correos y notas? Ella misma partiría, ella misma iría a París, vería a Napoleón, le expondría razones, le rogaría, le suplicaría, obtendría de él que no abandonase su obra.

»—¡Lograré salvar nuestra barca! — exclamó.

»Durante la travesía, Carlota estuvo hosca y taciturna. Al desembarcar en Saint-Nazaire se encontró con una terrible noticia: ¡Sadowa! Después vino una desagradable serie de incidentes insignificantes. En Nantes, los oficiales encargados de recibirla y de acompañarla, no llegaron a tiempo, en virtud de informes erróneos. La viajera se vió reducida a tomar un simple coche de punto. En París, otra decepción: pensaba que la conducirían a las Tullerías, y la llevaron al Grand Hotel. Estas minucias, ocasionadas por *malen-*

tendus o por retardos, hirieron dolorosamente su susceptibilidad. Apoderóse de ella una agitación febril. Desde aquel instante los que la acompañaban notaron un cambio en su mirada, en su voz. «Tiembla como una hoja—escribe la condesa del Barrio—, y la expresión de sus facciones se ha modificado. La acariciadora dulzura que ayer había en sus ojos, se ha extinguido, y no volverá a aparecer. Hay en ella algo de aplanamiento; pero al propio tiempo tiene no sé qué de hiriente y de rudo. Ya no se advierte en su voz aquella nitidez metálica, aquel timbre sonoro y aterciopelado a la vez, que la distinguían entre muchas otras. Se ha vuelto dura y ronca esta voz.

»Deseando borrar cuanto antes las primeras malas impresiones, acudió al Grand Hotel la la Emperatriz Eugenia, al día siguiente, y desplegó toda su amabilidad y toda su gracia para con la recién llegada. Sin tocar la cuestión política, Carlota se quejaba del mariscal Bazaine, «demasiado ocupado — decía — de su joven esposa». Después de haber recibido esta visita, se sintió de tal suerte cansada, agotada, que se acostó sin tomar alimento, a pesar de las instancias de su séquito. Rogó a sus damas que se retirasen y la dejasen sola hasta el día siguiente. Una de ellas, que le era muy adicta, reconoció en la Emperatriz síntomas alarmantes,

ya advertidos cuando la muerte del Rey Leopoldo, su padre: lividez cadavérica, los miembros más fríos que el mármol y sacudidos por estremecimientos; huraña necesidad de estar sola. La infeliz soberana pasó la noche llorando. La angustiaba la indiferencia de las Tullerías, que juzgaba afrentosa. ¿Qué iba a ser de la misión, si el prólogo se presentaba con tan malos augurios? ¿En qué estado estaría ella para exponer a Napoleón sus deseos, hacerle oir sus súplicas, triunfar de sus prevenciones? Sobre la actitud política de éste, ya Carlota había expresado ideas bastante libres. Al día siguiente, ni una noticia de las Tullerías. Encontrando que no se tenían para ella los debidos miramientos en la Corte, llegó hasta tratar a Napoleón de «aventurero», delante de su dama de honor, y a afirmar que no era hombre bien nacido. Para con la Emperatriz mostró menos aspereza, afirmando que era bella como una hada. El orgullo de raza se dibujaba ya imperiosamente. Todo el día se pasó en alternativas de impaciencia, de desaliento y de nueva esperanza. Por fin, llegó una carta del señor Mora, ministro de México en París, anunciando que el Emperador había fijado el día siguiente para la entrevista. Por lo demás, no había motivo para acusar a Napoleón de descortesía o de negligencia. Él no sabía nada *oficialmente* de la imprevista llegada de la Emperatriz

Carlota, llegada que era razonable le disgustase. El ministro mexicano, hasta la víspera, no había hecho intento alguno para obtener una entrevista, una recepción, un reconocimiento protocolar cualquiera de la presencia de su soberana.

»Al día siguiente, el vizconde de Yaferrière, Primer Chambelán, vino de parte de Sus Majestades a invitar a la esposa de Maximiliano a almorzar en Saint-Cloud. Como su estado de fatiga cerebral la predisponía a encontrar todo malintencionado, se ofendió de que la invitación no fuese acompañada de un mensaje personal del Emperador. Una súbita manía de persecución iba a seguir a la manía de grandezas de la víspera. Rehusó el almuerzo, pero anunció que iría, no obstante, a Saint-Cloud. En efecto, llegó a las tres de la tarde. Introducida inmediatamente, encontró en los soberanos franceses la acogida más afable y benévola.

»Al principio de la entrevista, sobrevino un raro incidente, preludio de las desgarradoras escenas que muy pronto iban a producirse. Era la hora en que la Emperatriz Carlota tenía la costumbre de tomar una naranjada. La condesa del Barrio, que no lo olvidaba, rogó a la dama de honor de la Emperatriz Eugenia, Mlle. Bouvet, que la hiciera llevar, preparada ya, en una bandeja. Un *maître d'hotel* se encargó de este servicio, y la soberana francesa, tomando el vaso

lleno, lo ofreció a su visitante... Con gran sorpresa suya, la Emperatriz Carlota se quedó mirándola fijamente, con expresión angustiada, vacilando en tomar el vaso. Por fin, lo cogió y lo bebió de un sorbo. En su cerebro, que comenzaban a invadir horribles tinieblas, surgía ya la obsesión del veneno.

»La conversación entre la soberana extranjera y la pareja imperial duró cerca de dos horas. Fueron dos terribles horas de lucha, de argumentación apasionada, de resistencia penosa. La solicitante coronada desplegó toda su elocuencia, toda su energía, para persuadir al Emperador, para obtener que se aplazara el llamamiento de las tropas francesas de México, y encontrar nuevos créditos. ¡Ay! La resolución de su interlocutor habia sido madurada de una manera inmutable. Ciertamente le costaba mucho al Emperador abandonar a la aliada, a quien tan ampliamente había ayudado a subir a aquel trono tan peligroso, y resistir a súplicas casi humildes, a lágrimas, a sollozos. Una sola respuesta—dirigida ya varias veces a México—era dable: se necesitaba que el Emperador Maximiliano renunciase a su empresa, cada vez más entretejida de peligros, y que volviese a Europa.

»Dejando habilidades diplomáticas, el Emperador habló con sinceridad. Explicó que hay casos de fuerza mayor; que debía pensar, ante

todo, en los intereses de su país; que había llegado un momento en que Francia tenía necesidad de todos sus recursos, y que no podía sacrificar ninguno, ni siquiera en bien de aquellas gentes que le eran más caras. Los ruegos de Carlota volviéronse más insistentes, más tenaces, más desgarradores. Después, a propósito de Bazaine, estalló la tormenta. Vinieron las lágrimas, luego las imprecaciones y las amenazas. La dolorosa embajadora de Maximiliano parecía presa de un verdadero delirio de exasperación. El furor de su desesperanza la llevó hasta el insulto, y si hemos de creer a la condesa del Barrio, que se encontraba en la pieza inmediata, exclamó con violencia extremada:

»—¡Cómo he podido olvidar lo que soy y lo que sois! Debí acordarme que corre por mis venas la sangre de los Borbones, y no faltar a mi raza y a mi persona, humillándome ante un Bonaparte, tratando con un aventurero!

»Era demasiado. Las fuerzas de la infortunada no podían sostenerla más. Sobrevino una crisis nerviosa llena de sobresaltos, a la que siguió una inmóvil rigidez, y un desvanecimiento profundo sobre el canapé en que el Emperador la extendió. Turbadísima por la emoción, con los ojos llenos de lágrimas, la Emperatriz Eugenia desabrocha el corsé de aquella su pobre hermana coronada, que luchaba contra el término

brutal de un ensueño. Humedece sus sienes con agua de Colonia, la da fricciones, y en seguida envía a buscar al doctor Semeleder, quedándose ella, en tanto, al lado de la enferma, con la condesa del Barrio. El frasco de sales acaba de reanimar a la infortunada, quien reconoce a su dama de compañía, sonríe, le toma la mano y le dice, después de mirar a la Emperatriz Eugenia con una mirada de pavor:

—»¡Manuelita, no me deje usted sola!

»Inclinándose hacia el canapé, la soberana francesa quiere ofrecerle un vaso de agua. La mirada de la enferma se precisa, se vuelve de una fijeza que asusta. Rechaza violentamente el vaso, cuyo contenido moja el traje de la emperatriz Eugenia, y grita:

—»¡Asesinos! Dejadme y lleváos vuestra bebida emponzoñada.

»Viene después una crisis de lágrimas, seguida de otra, y de un nuevo desmayo, y un largo entorpecimiento, que pudo ser mortal, si el doctor Semeleder, que llegaba en aquella sazón, no hubiese procurado desde luego despertar a la pobre Emperatriz. Era urgente que volviese a París, y que ya no viese ningún rostro extraño. ¡Qué partida de Saint Claud tan lamentable! Con los ojos enrojecidos por las lágrimas, la pareja imperial mira, angustiada hasta la muerte, alejarse, al lento paso de los coches, como un cor-

tejo fúnebre, a aquella princesa de veintiséis años, cuyo rostro encantador expresa aún belleza, juventud, inteligencia, y que durante una larga vida va a enredar y desenredar cruelmente, en el fondo de su espíritu, su pesadilla de horror y de locura.

»Al cabo de algunas semanas vino un poco de calma. Unos días pasados en Suiza, en la soledad, parecieron tener influencia feliz en la emperatriz Carlota. Sin embargo, jamás hablaba de Maximiliano, ni de México, y esta laguna asustaba a los médicos. De pronto vínole la idea de ir a Roma a pedir la bendición del Papa. ¡Viaje cruel! La pobre mujer ve asesinos por dondequiera. Para ella, un mozo de hotel se convierte en un emisario de Juárez; una camarera, finge a su obsesión una dama mexicana afiliada al partido republicano; un inglés, visto en la terraza del hotel, es Juárez mismo. En Roma viene un alivio. La palabra sigue siendo breve, los vocablos, raros; pero la mirada se suaviza. Caben tal vez vislumbres de esperanza...

»Avisa inmediatamente al Papa que ha llegado. Éste le hace saber que antes de la audiencia solemne la recibirá en particular, en su capilla privada, después de la misa de ocho. Los coches del Vaticano vienen a buscarla a ella y a su séquito. Según la etiqueta, la condesa del Barrio lleva mantilla. Nota con estupor que su so-

berana se ha puesto sombrero, y le hace notar respetuosamente que la mantilla es obligatoria. Pero con voz imperiosa, Carlota proclama que ella está por encima de la etiqueta. Después de haber atravesado algunos salones llenos de gente, la introducen a ella sola a la sala en la que el Papa, terminada la misa, toma el desayuno. La conversación es cordialísima. Pío IX, al ver a su visitante tan abatida, se esfuerza en reanimarla. Ella parece escucharle con interés, cuando de pronto, sin que nadie pueda prever un acto de tal modo extravagante, mete los dedos en la taza de chocolate del Papa, diciendo que se muere de hambre, porque todo lo que le sirven está envenenado.

»Pío IX comprende... Hace que le lleven papel, tinta, y sin dejar su tono paternal y dulce, escribe una nota para el cardenal Antonelli, rogándole que venga inmediatamente con dos médicos vestidos de camarlengos, para no asustar a la infortunada demente. Una idea fija se ha apoderado de ella, y ancla en su cerebro: no quiere salir del Vaticano, por miedo a los asesinos. ¿Cómo evitar una crisis? El soberano Pontífice se pliega a sus exigencias, y hace servir para ella y para su séquito un almuerzo, que preside el Cardenal Antonelli. Después del almuerzo pasan a la biblioteca; pero allí la Emperatriz expresa de nuevo su invariable resolución

de no salir del Palacio. Más aún, anuncia que pasará allí la noche, «porque ella está por encima de los usos y costumbres, y es un honor para el Vaticano dar hospitalidad a una soberana perseguida». ¡Una mujer en el Vaticano, en la noche y en las habitaciones del Papa! Sin embargo, el miedo a un acceso de cólera, que podría ser temible, hace que se le dé la autorización, y se llevan dos camas a la biblioteca, una para la Emperatriz y otra para la condesa del Barrio.

»Una situación tal no podía eternizarse. ¿Qué imaginar, qué combinar para que partiese sin violencia la infeliz princesa, aterrorizada por sus visiones de envenenamiento? Se decidió que una diputación compuesta de la Madre Superiora y de dos hermanas del Convento de San Vicente de Paul, fuese a rogarle que visitara su nuevo establecimiento, construído para los niños pobres, y que asistiese a las comidas de éstos. Aceptó encantada, y montó en coche inmediatamente para ir al monasterio. Detrás de aquellos muros se volvió de pronto confiada; sonreía a los niños, sentíase penetrada de satisfacción y de orgullo por los honores que se le rendían. El cardenal secretario de la Congregación de Ritos fué a saludarla. La lucidez de la respuesta que le dió asombró a todos. La visita de los dormitorios, de las salas de trabajo, de la enfermería, prosiguió tranquilamente.

«Después, la emperatriz desea ver las cocinas. ¡Ay! un detalle íntimo viene entonces tontamente a trastornarlo todo, y a desencadenar de una manera decisiva y para siempre el espectro tembloroso y huraño de la locura. La hermana encargada de la dirección de las cocinas tuvo la idea de hacer gustar a la visitante el guisado que se estaba cociendo en las marmitas, y le sirvió un plato, poniéndole el cubierto. Estupor repentino en los circunstantes: después de haber tomado el plato, la Emperatriz lo rechazó violentamente, con un sobresalto de terror. Dirigió en su rededor miradas terribles, y mostró por fin a la condesa del Barrio el cuchillo que acababan de darle, y sobre la hoja del cual había una pequeña mancha de orín, que la Emperatriz señalaba, diciendo:

—«¡Mirad: aquí está el veneno. Se les olvido limpiar el cuchillo!»

»Vino entonces el desenlace atroz: el calvario, que acabó en un horrible y completo desastre de la razón. La metieron a la fuerza en un coche. Carlota gritaba, desgarraba los visillos. Fueron necesarios algunos hombres para arrancarla de los cojines del vehículo que asía desesperadamente, y conducirla a su habitación del hotel. Le sobrevino una invencible crisis de furor, y hubo que ponerle camisa de fuerza. «El recuerdo de tan terribles escenas—escribía des-

pués la condesa del Barrio—me atormenta aún, impidiéndome con frecuencia dormir.»

El epílogo de esta tragedia lo escribí yo en 1910, en cierta pequeña crónica para *El Imparcial*, refiriendo lo que, en un banquete diplomático, me contaba el Secretario de la Nunciatura Apostólica en Madrid.

(Y aquí las palabras que aparecen en el artículo PASA UNA EMPERATRIZ, *en boca del Secretario de la Nunciatura, desde: «Residí algún tiempo» hasta «que no vendrá jamás».)*

AMADO NERVO.

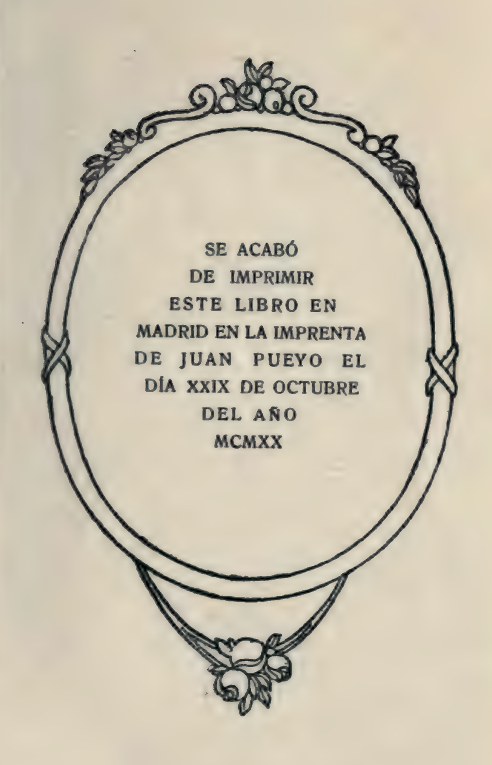




INDICE

TERCERA PARTE

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA...



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXIX DE OCTUBRE
DEL AÑO
MCMXX



